

La Ilustración Artística



AÑO XIX

← BARCELONA 4 DE JUNIO DE 1900 →

Núm 962



LA PRIMAVERA, cuadro de T. Lobrichon

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el segundo de los tomos correspondientes á la serie del presente año, que será el primero de la famosa obra de Lesage GIL BLAS DE SANTILLANA, edición de lujo con magníficas ilustraciones del notable dibujante francés Mauricio Leloir, digna bajo todos conceptos de figurar en las mejores bibliotecas.

Al proceder al reparto del citado libro, tendremos en cuenta las peticiones que nos han dirigido nuestros corresponsales motivadas por el ofrecimiento que hicimos en el prospecto de este año, y les enviaremos, en su consecuencia, en vez del primer tomo de GIL BLAS DE SANTILLANA, el primero de la importante obra PENSAMIENTOS Y RECUERDOS DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK, cuyo segundo tomo les será remitido cuando procedamos al reparto del segundo de la obra de Lesage.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea. De la tierra y del cielo*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos.* — *El Salón de París de 1900*, por X. — *La desposada del poeta*, por Juan Toral. — *Guerra anglo-boer*, por A. — *Carolinias Orientales. Isla de Ponapé. Rancherías de Aguar y de Kamar.* — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). — *El eclipse del día 28 de mayo de 1900*, por M. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.— *La primavera*, cuadro de T. Lobrichon. — *Salón de París. 1900. El desquite de la cigarra. Audición fonográfica. La viuda del pescador. La cautiva. El rincón predilecto. Los saltimbanquis. La Tour d' Auvergne prisionero de los ingleses. Austerlitz. Antes de la procesión. Estudiantes de antaño. Entre comadres. Romeo y Julieta y Abriendo el surco*, cuadros respectivamente de F. A. Bauer, A. Weber, G. Lemaitre, A. Weiss, P. M. Lapiere-Renouard, J. Miralles Darmanin, A. F. Le Dru, A. Lalanze, C. B. d' Entraygues, M. Amell, Mlle. M. Garay, Mme. Oppenheim, y E. B. Debat Ponsan. — *Guerra anglo-boer. Prisioneros boers.* — *Soldados ingleses buscando armas y municiones que suponían escondidas por los orangistas.* — *Carolinias Orientales. Isla de Ponapé. Rancherías de Aguar y de Kamar*, seis grabados. — *El eclipse del día 28 de mayo de 1900 observado en Barcelona. Diagrama del eclipse.* — *Vista del eclipse pocos minutos después del primer contacto.* — *Distintas fases del eclipse.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE LA TIERRA Y DEL CIELO

Con un modismo que ya va cayendo en desuso, «estar de servilleta en botón,» se expresaba antaño la idea del convite á comer. Sin duda entonces revestía mayor solemnidad; hoy es cosa usual, frecuentísima, dentro de nuestras costumbres, que, si bien asaz despacio, van europeizándose — y no subrayo la palabra porque no tiene para mí sonido extraño, antes creo que expresa felizmente un concepto que percibíamos y no formulábamos por falta de voz correspondiente.

Hubo un tiempo, y lo recuerdan gentes que no han llegado á la vejez, en que á la hora de comer se cerraba á piedra y lodo la puerta de las casas, aun de las ricas y abundantes de despensa y cueva. Terminada la comida — la patriarcal comida, á las dos de la tarde — volvía á franquearse el portón. Y obsérvese cómo el menor detalle revela el tejido y enlace de un estado social: el hábito de cerrar la puerta para comer decía á gritos: «En esta casa no vive más que un vecino: del sótano á la buhardilla, tiene un solo morador.» Desde que los edificios, divididos en pisos, comprenden varias viviendas, no podría verificarse ese cierre arbitrario.

* * *

Y el contraste entre antaño y hogaño es tal, que ahora los personajes, hombres políticos y de negocios, excesivamente ocupados todo el día, señalan para recibir á sus íntimos la hora del almuerzo y sobremesa. Nadie se apura y encoge porque le vean comer. La comida es igual, ó al menos muy análoga, en todas partes. Si Teófilo Gautier y Alejandro Dumas padre levantasen la cabeza, no reconocerían á la España de fritangas con apestoso aceite, los guisotes con ajo y cebolla, y la olla podrida. Encontrarían á la vuelta de cada esquina el plato francés ó inglés y el *menú* que podrían haberles servido en algún restaurant del *boulevard*.

Hablo, naturalmente, de las clases acomodadas, mejor dicho, ricas. En esferas modestas es distinto: se come á la antigua, garbancesca usanza, y no falta quien achaque la decadencia nacional á la alimentación mala y floja; pues, colectivamente hablando, este pueblo pastor y agricultor no es un pueblo carnívoro. No sé si tienen razón los que tal dicen; pero sé que conozco personas enemigas del rosbif, y disfrutando de salud y fuerza para vendérselas á más de cuatro inglesas nerviosas.

La carne va desacreditándose mucho: ya le lleva ventaja, como alimentación fortalecedora, la leche; la pastoril y bucólica leche. Por otra parte, en climas templados ó mejor calurosos, la carne es madre del reuma. — Epocas históricas recordamos en que sin duda los españoles eran duros como piedra y realizaban empresas que piden energía y voluntad, comiendo peor que se come ahora. Hoy el alimento es variado, agradable, presentado con limpieza; se consume más ternera y vaca, menos cerdo y embutidos; han entrado en el mercado general peces, mariscos y legumbres que antes se consideraban rarezas exquisitas; el azúcar se ha puesto al alcance de cualquiera; el café, la cerveza, ciertos refrescos, no son patrimonio sólo del que vive en la capital: no hay aldea en que no se encuentren. Por no hablar sino de un refresco, el humilde y plebeyo *boliche*, esa limonada gaseosa barata, ¡cuántos bienes le debemos! Y digo *le debemos*, no porque yo la pruebe nunca, sino porque noto sus efectos bienhechores en los aldeanos de mi tierra. Haciendo competencia al aguardiente de caña y al amilico, remojando la seca garganta sin atufar el cerebro ni abrasar las entrañas, el boliche habrá evitado muchos garrotazos y no pocas cuchilladas en las romerías y ferias, y bastantes escenas de brutalidad al regreso á casa. Para decirlo de una vez: desde que se ha popularizado el boliche, supongo que nacen menos criaturas marcadas con el estigma degenerativo del alcoholismo — único estigma acaso cierto y fatal.

* * *

Volviendo á las comidas... En España los ricos comen bastante bien; lo que todavía no se sabe (descuéntense las excepciones honrosas) es beber á proporción de la comida. Rara vez se sirve una con los vinos que corresponden por derecho á cada plato. El gran champagne *extra dry*, el inseparable compañero del asado en Inglaterra, es substituído por marcas dulces é inferiores. No obedece este fenómeno constante á espíritu de economía, sino á tradiciones de sobriedad que están en la medula de la gente ibera. Así como la función crea el órgano, la necesidad y el instinto originan la costumbre. Y el español no experimenta necesidad alguna de regar lo que engulle sino con Lozoya ó á lo sumo con alguno de los pastosos ó claretos vinos peninsulares. Somos en esto tan poco refinados, que la industria de clasificar y elaborar bien los vinos es relativamente nueva.

La indiferencia hacia las bebidas acaso será cualidad que nos realce. Es tan corto el número de borrachos en nuestra patria, que este vicio se mira, especialmente en el campo, como un desdoro, un baldón. En la mujer origina desprecio y reprobación muy severa. El clima, el sol, el carácter, se oponen á que en país de tan excelente y abundante cosecha de vino cunda la embriaguez. Y no se diga que estas reflexiones no vienen á cuento tratándose de comidas de personas de buena posición, que en ningún caso se alegrarían á la mesa. Precisamente á la mesa es donde suelen los anglo-sajones empinar el codo. Nadie ignora la mala maña inglesa de que, al servirse el café, antes de alzarse los manteles, se queden bebiendo los hombres, y las señoras se retiren á otra habitación, ni más ni menos que en la cena de *Lucrecia Borgia* cuando se apagan las luces. Beber es aquí un exceso; allí, un *sport*.

A ser posible revelar los nombres de señoras inglesas y *yankees* á quienes suele verse *too full* — como ellos dicen, — se sorprenderían los lectores; porque entrarían en la lista gentes del más alto copete y coturno, y no quedarían á salvo la pairía y la diplomacia. Existe quizás una balanza de virtudes y vicios, en cuyos patillos se compensan el bien y el mal. Nosotros somos, ¡ay!, es cierto, indolentes, desidiosos, enfermos de la voluntad; pero ellos, ¿cómo diablos hacen para conservarla incólume en medio de la disolución del alcohol?

* * *

A estas horas en España no se habla más que del eclipse y de la cáfila de sabios que se han venido á verlo; sabios entre los cuales descuella Camilo Flammarion. Al decir que descuella, hablo, por supuesto, desde afuera, el sitio que corresponde á un archiprofano. Puede suceder que los otros sabios, de la retahila cuyos nombres resuenan por vez primera en nuestros oídos, atesoren mayor ó más sólido caudal de ciencia que el simpático autor de la *Pluralidad de mundos*. Flammarion concedo que es un ingenioso novelista, una especie de Julio Verne del espacio, que pone á la astronomía al servicio de la ficción. Recuérdese su obra *Lumen, historia de un cometa*. En las narraciones de que consta este libro, se ve de

cuerpo entero al ameno vulgarizador, al escritor que posee el don de interesar divirtiendo. Por poco aficionado que se sea á la astronomía, *Lumen* entretiene. Es preciso confesar que atraen y maravillan aquellas hipótesis de los soles que dan luz azul, luz roja ó luz color de violeta — á diferencia del nuestro, que la emite blanca, — y de aquellos mundos donde el hombre mide 50 metros de estatura, vive por término medio cuatro siglos y pesa 1.500 kilos; ó donde, al contrario, se disipa, es gaseoso y flota en el aire como una bola de jabón. Todo ello agrada, interesa y hasta suspende el ánimo; pero más que la severa disquisición del hombre de ciencia en su laboratorio, recuerda el *Viaje á la luna* de Cyrano de Bergerac, ó el *Micromegas* de Voltaire.

* * *

Parece ocioso decir que la severa disquisición, erizada de cifras, no la leeríamos, porque no la entenderíamos siquiera. La astronomía es acaso la ciencia menos accesible á los aficionados ó *dilettanti*. Los millares de curiosos que se dedicarán el día del eclipse á ahumar vidrios y mirar al cielo al través de ellos, sacarán lo que el negro del sermón. Por eso, precisamente, nos atenemos á la astronomía amena y recreativa del autor de *Lumen*. Ella nos da una idea, ligera sí, pero adecuada á nuestros medios de conocimiento, de lo que ocurre en los vastos, en los inconmensurables espacios que se extienden por todas partes alrededor de nuestro planeta. Por ella sabemos nuestra verdadera categoría celestial, nuestra posición astronómica; que somos un planetilla de menor cuantía, reducido y sin importancia, y la creación perdería bien poco si desapareciésemos. Sería como si á un vasto jardín le quitan un grano de arena. Verdad que todavía hay quien supone menos que nosotros, Mercurio y Marte, por ejemplo; que existen otros de nuestra misma talla, como Venus, y son bonitos y los poetas los cantan; pero ¡qué vergüenza si nos comparamos á Júpiter, que es más de mil veces mayor que la Tierra y además tiene cuatro lunas; á Saturno, que nos sobrepuja setecientos y pico de veces y gasta unos anillos tan hermosos; al propio Urano, que abulta por ochenta y dos Tierras, y á Neptuno, que vale por cien! Si mortificase nuestro amor propio esa importancia secundaria que aun dentro de nuestro sistema nos corresponde, podemos consolarnos pensando en los asteroides, grajea planetaria esparcida por el cielo. Nosotros somos, en el firmamento, la medianía; ni tan chiquitos que no se nos vea, ni tan grandes que llamemos la atención. Desde Júpiter somos invisibles. De todo ello se deduce que no nos sientan bien el orgullo ni la vanidad, y que deberíamos preciarnos de globo modesto y sensato, avenido con su puesto, sea el que sea.

* * *

La contemplación del cielo nos achica, pero nos calma. ¿Qué importan nuestras miserias, nuestras ansias, nuestras alegrías, lo que llamamos gloria, arte, riqueza, felicidad, ante esa inmensidad abrumadora? Esta reflexión de un personaje del drama de Galdós *Realidad*, ha suscitado muchas burlas, pero es bien profunda y verdadera. No hay cosa que sosiegue el ánimo como las conclusiones de la astronomía. Pensar que existen millones y millones de bolas mayores, menores, iguales á la Tierra; con sus polos, su ecuador, sus continentes, sus mares, sus nieves, sus lluvias, sus gases, su envoltura atmosférica, y sus habitantes, y su fauna, y su flora, y sus afanes, y sus desdichas, y todo lo que por acá se gasta; pensar que lo que tan grande creemos es un mínimo incidente sin eco en esa creación desmedida y colosal... no nos consolará ni pizca, pero nos obliga á hacer un gesto indiferente y á pensar: «¡Valiente cosa!»

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El aburrimiento ha venido al mundo con la pereza.

LA BRUYERE.

Los espíritus que se elevan y llegan á ser verdaderamente grandes son aquellos que jamás están satisfechos de sí mismos en sus obras realizadas y tienden siempre á algo mejor en sus obras nuevas.

CLAUDIO BERNARD.

La única historia digna de atención es la de los pueblos libres; la de los pueblos sometidos al despotismo no es más que una colección de anécdotas.

CHAMFORT.

No hay virtud sin una voluntad libre; el que hace el bien sin querer, no es virtuoso.

ADOLFO GARNIER.

EL SALÓN DE PARÍS DE 1900

Aunque la sección de Bellas Artes de la Exposición Universal ha quitado importancia al Salón de este año, y aun cuando á él no ha concurrido la Sociedad Nacional y sí únicamente la de Artistas franceses, no deja de ofrecer interés la manifestación artística celebrada en la plaza de Breteuil, en un edificio levantado por la referida sociedad y la denominada Sociedad Hípica, pues ni faltan en ella obras de los grandes maestros ni producciones de gente nueva, dignas de los mayores elogios.

Entre estas últimas citaremos en primer término la *Vista de Amsterdam*, de Wery, y la *Huelga del Creusot*, de Julio Adler. El cuadro de Wery es de grandes dimensiones y de colorido rico, variado, armonioso y agradable, y en él aparece reproducida con todo el vigor y el sentimiento de la realidad la vida de aquella pintoresca ciudad holandesa. El de Adler es una pintura emocionante, de asunto trágico, y el autor ha sabido desarrollarlo sin buscar esos efectos terroríficos tan fáciles de conseguir: los obreros que avanzan en manifestación llevando banderas y cantando, no están animados por un espíritu destructor, sino que obran á impulsos de una idea para cuya realización no son necesarios los excesos.

Un pensionista de Roma, M. Moulin, expone *La falta*, un tríptico del pecado original: en el centro Adán y Eva, bajo el peso de la falta cometida; á los lados ambas figuras, una en cada uno, y en la base el cadáver de Abel. Esta obra está perfectamente construída y las figuras vigorosamente pintadas.

Otro tríptico de Augusto Leveque representa en el compartimiento del cen-

Soledad, de P. A. Laurens, es una obra legendaria, casi pagana, hábilmente compuesta. *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, de L. A. Leclercq, es una pintura mística, pobre si se quiere, pero que cautiva por la intensidad del sentimiento.

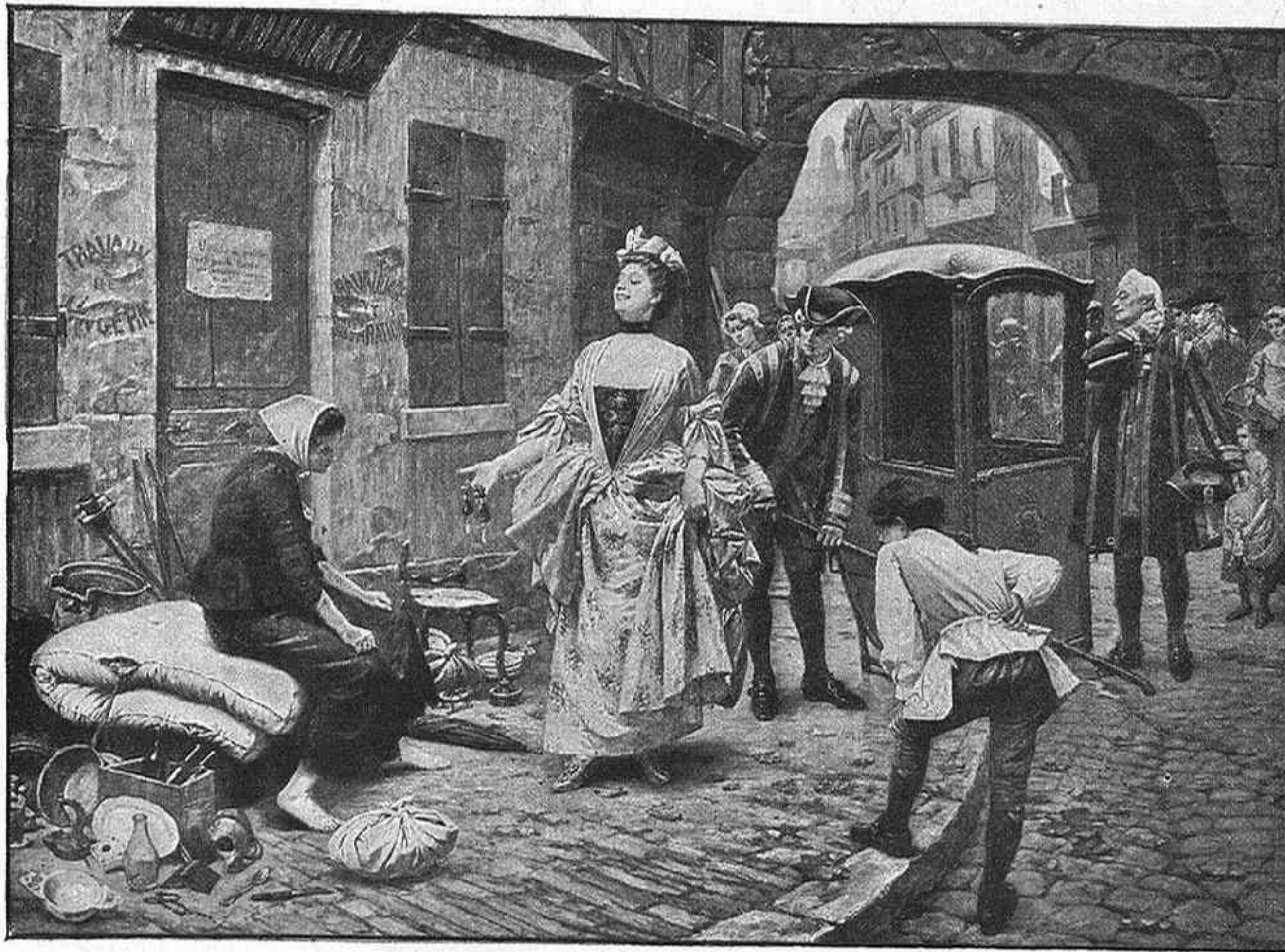
Con el título de *Ensueño* ha expuesto el celebrado pintor Henner una figura juvenil esbelta, cuya opalina blancura destaca sobre un fondo obscuro de paisaje: este desnudo tiene poesía y contrasta con tantos otros lienzos en los cuales la carne está pintada de una manera prosaica y brutal.

El retrato de M. Stephen Liegeard, por Benjamín Constant, es indudablemente uno de los mejores producidos por tan famoso artista: es la expresión exacta de una época y la imagen fiel de un carácter; todo en él, el traje, el rostro, la actitud, es de una naturalidad sorprendente.

Otros retratos notables son el de un *Presidente del Tribunal de Comercio*, pintado por Juan Pablo Laurens; el del *Grabador Walter*, por Roybet; el de un *Oficial extranjero*, por Szankowski; el de una dama, por Jorge Caín; el de un niño, por Maxence, y otros firmados por Thomas, Mercié, Lelong y Linch y por las señoras Vallet-Bisson y Juana Romaní.

Uno de los miembros más reputados de la Sociedad de Artistas franceses, José Bail, expone una *Cenicienta*, lienzo en el cual la falta de distinción y lo sombrío del color hállanse compensados por el sentimiento de aquella figura de rubios cabellos y soñadora mirada.

Como es natural, lo que más abunda en el Salón son las escenas de la vida contemporánea, acerca de las cuales ha dicho con razón un notable crítico fran-



SALÓN DE PARÍS. 1900. — EL DESQUITE DE LA CIGARRA, cuadro de F. A. Bauer



SALÓN DE PARÍS. 1900. — AUDICIÓN FONOGRAFICA, cuadro de A. Weber



SALÓN DE PARÍS. 1900. — LA VIUDA DEL PESCADOR, cuadro de G. Lemaitre

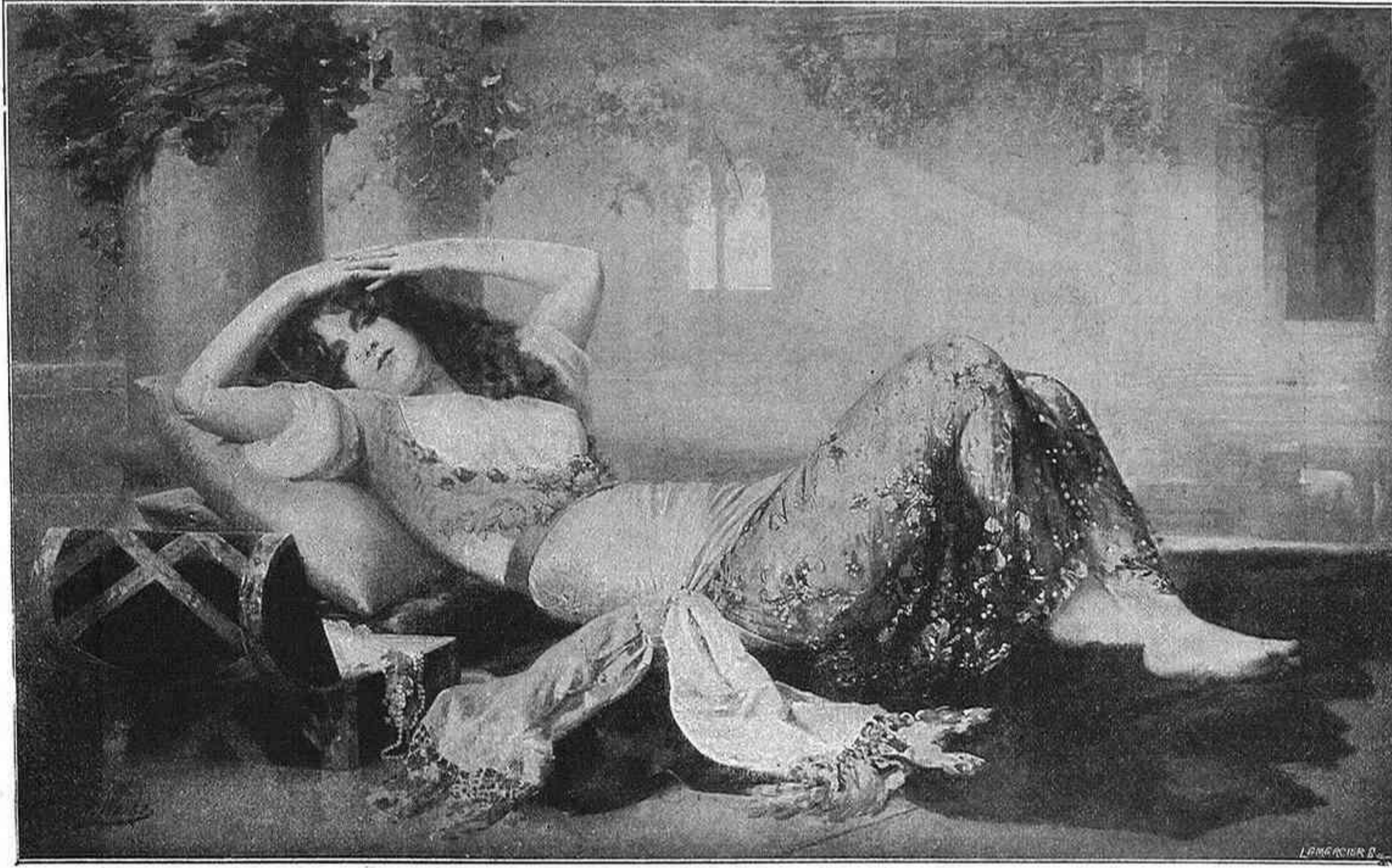
tro *El triunfo de la Muerte* y en los laterales *La futura cosecha de la Muerte* y *La caída en la nada*: la composición peca un tanto de confusa, pero la ejecución es admirable y demuestra gran estudio y gran trabajo.

Notables son un retrato de señora pintado por Fougerat, perfectamente dibujada y de agradable colorido, y *En el tocador*, cuadro de color delicioso y verdaderamente seductor por la elegancia de su composición y el gusto con que están dispuestos, así la figura principal, como los accesorios alrededor de ella agrupados.

«Se ha impulsado á los artistas á que rindan culto á la verdad, y los artistas han obedecido; pero se ha olvidado de decirles, y ellos no han caído en la cuenta, que no es conveniente ó por lo menos necesario decir todo lo que es verdad.» De ello resulta que muchos de los lienzos que en estas tendencias se inspiran pecan de frívolos, y así sucede en el Salón, y por regla general en todas las exposiciones artísticas, que hay una porción de cuadros que reproducen verdades desprovistas de todo interés.

Entre los lienzos que se salen de lo vulgar citaremos los principales.

Julio Bretón ha presentado en su *Crepúsculo* un bellissimo grupo de aldeanos que regresan á sus hogares terminadas las faenas del día; Mme. Demont Bretón, un agradable cuadro titulado *Primera audacia*, que representa á unos niños metiéndose en el mar. *La comida de las lavanderas*, de Buland, es un cuadro vigorosamente pintado con atrevidos efectos de luz. *Una noche en Lorena* es un delicado idilio nocturno deliciosamente pintado por Enrique Royer. Entre otras escenas rústicas citaremos la *Alquería flamenca*, de Desurmont; *Grupo de campesinas recogiendo mieses*, de Langée; *Entre comadres*, de Mlle. M. Garay; *Idilio campestre*, de madame Lucas Robiquet; el



SALÓN DE PARÍS. 1900. - LA CAUTIVA, cuadro de A. Weiss



SALÓN DE PARÍS. 1900. - EL RINCÓN PREDILECTO, cuadro de P. M. Lapierre-Renouard

Hombre de la vaca, de L. Felix, y *Abriendo el surco*, de Debat Ponsan.

En la reproducción de tipos populares, han encontrado notas justas Pascau con *El pan*, pilluelo de París pobremente vestido con un pedazo de pan en la mano; Frank Bail con su gallarda *Vendedora de ostras*, Marcel Clemen con sus *Jugadores de billar*, Mme. Gomyn de Lurieux con *Los últimos días* y Mlle. Berta Bocquet con sus dos *Muchachas parisienses*.

En el género de la vida del obrero, son notables los *Altos Hornos*, de Cagniart, hermoso efecto de fuegos durante la noche; *El carpintero*, de Sohie; el *Taller en Alsacia*, de Zwiller, y *La fragua*, de Mlle. Delassalle.

La plegaria, de Enrique Rousseau, es un cuadro sobrio, lleno de verdad. Dignos de especial mención son también en este género el *Voto á la Virgen*, de Hipólito Guy, impregnado de sentimiento; *Delante del calvario*, de Luisa Hem; el *Exvoto del grumete*, de Lucas; *Misa de niños*, de E. Nicolet, pintura fresca y graciosa; *El Viernes Santo*, de Leydet; un *Interior de iglesia*, de Pigeard; *Procesión en el patio de un convento en Suiza*, de Possart, y el *Ensayo de una misa solemne en el Vaticano*, de Tito Lessi.

Los aficionados á asuntos elegantes admiran con razón *La lectura*, de Gelhay; *La romanza*, de Margarita Godin; *Mi modelo*, de Parker Lawton; *La vida de las flores*, de Víctor Lecomte; *El piano*, de Aid, y *La convaleciente*, de Vigoureux. Los que gustan de asuntos sencillos y familiares celebran *La merienda*, de Beaumont; *El ama de casa*, de Chaillery; *El pan bendito*, de J. Ricci; *La joven enferma*, de Enrique d'Estienne; *Una mala noche*, de Defonte; *El envío de Niza*, de Grun; *El ensueño*, de Mlle. Clementina Fierard; *La lección interrumpida*, de Mlle. Susan Watkins, y *La carta*, de made-



SALÓN DE PARÍS. 1900. - LOS SALTIMBANQUIS, cuadro de J. Miralles Darmanin

moiselle Ana Nordgren. Para los gustos rústicos hay *La lección*, de Mme. Lily Defries; *El coladero*, de Bocquet; y *El pastor y el mar*, de Brugairolles.

Varios son los cuadros de costumbres y lugares extranjeros que en el Salón figuran: citaremos entre ellos los *Tropicalleros venecianos*, de Bompard; *En el Ghetto de Roma*, de Avezac de Castera; *Fumadores de haschisch en el Cairo*, de Bordes; *Bayadera india*, de Weeks; las *Gitanas*, de Deletang; un *Interior holandés*, de madame Lambert Cooper, y *La cautiva*, hermosa figura de A. Weiss.

Los principales lienzos de costumbres marítimas son: *La viuda del pescador*, de Lemaitre, hermosa nota de sentimiento arrancada de la vida real; *Escena de la venta de*

pescado en Cancale, de factura vibrante y vigoroso colorido; *Regreso de los marinos*, de Max Bohm, y la *Procesión de Nuestra Señora de las Olas*, de Hirschfeld.

Terminaremos esta reseña de los cuadros de género citando *Una boda en Valencia*, bellissima composición llena de luz y de frescura del pintor español V. de Paredes; *Audición fonográfica*, de A. Weber, cuyo mejor elogio está en la impresión alegre que su contemplación produce; *Los saltimbanquis*, de nuestro compatriota Miralles Darmanin, que ha dado con él una nueva prueba de su talento; *Antes de la procesión*, de Entraygues, y *Estudiantes de antaño*, bonita composición de Amell.

Uno de los mejores cuadros de historia que en el Salón figuran es el del pintor bohemio Brozik, *Jorge de Podiebrad proclamado rey de Bohemia*, lienzo de grandes dimensiones que ha sido ejecutado por encargo de un grupo de patriotas tchecos. Los numerosos personajes de esta composición han sido perfectamente estudiados por el autor, lo propio que los accesorios, resultando de ello un cuadro serio y digno de alabanza bajo todos conceptos.

La epopeya, de Rousset, es un cuadro inmenso que representa al ejército imperial aclamando al emperador; *La mañana del 6 de octubre de 1789 en Versailles*, de Bader, tiene el defecto de que las figuras de Luis XVI, María Antonieta y los príncipes no se parecen á los retratos que estamos acostumbrados á ver de ellos; pero aparte de esto, el cuadro produce buena impresión; *En los Trianons*, de Mesnager, es un encantador capricho del siglo XVIII; *La retirada*, de Faber du Four, es de pequeñas dimensiones, pero está pintado vigorosamente; *La octava Olimpíada*, de Leftwitch-Dodge, pertenece al

género de los que tan admirablemente pinta Alma Tademá, aunque de mayor tamaño; *El rapto*, de Jamin, nos transporta á las edades prehistóricas; *Austerlitz*, de Lalanze, está compuesto con habilidad y la multitud de figuras que en él se ven tienen vida y movimiento extraordinarios; *La Tour d'Auvergne, prisionero de los ingleses*, reproduce uno de los más interesantes episodios de la vida de aquel general francés á quien Napoleón nombró primer granadero de la República. Entre los demás cuadros del género histórico merecen citarse *El general Fournier-Sarloveze en el Beresina*, de Fournier Sarloveze; *Napoleón en la isla de Elba*, de Corrodi; *El Vengador*, de Fouqueray; *Una torre en el hospital de Rennes en el siglo XVIII*, y *Romeo y Julieta*, bellísima reproducción del cuadro final de la tragedia de Shakespeare.

Del género religioso y bíblico sobresalen en el Salón



SALÓN DE PARÍS. 1900. — LA TOUR D'AUVERGNE, PRISIONERO DE LOS INGLESES, cuadro de A. F. Le Dru



SALÓN DE PARÍS. 1900. — AUSTERLITZ, cuadro de A. Lalanze

un *San Ivo*, de Richemont; *¿Cristo ó Barrabás?*, de Walcott; *Jesús y el niño*, de Joy; *Jesús caminando sobre las olas*, de Mestrallet; *La huida á Egipto*, de A. Buffet; *Raquel y Jacob*, de Jacquot-Defrance, y *Salomé*, de Rouault.

En el género de fantasía merecen ser mencionados los siguientes lienzos: *Los últimos rayos*, delicioso grupo de ninfas que se bañan, por P. Chabas; *Tarde de verano*, de Sinibaldi, en el que sobre un bonito paisaje se destacan tres figuras de mujeres envueltas en transparentes ropajes; *La ninfa y el sátiro*, notable estudio de desnudo de Delobre; *Belleza*, encantadora figura de E. Martín; *Las ninfas llorando á Adonis*, de A. Thomas, de gran efecto decorativo; *Thermutis*, de Lupiac, de sólida factura y hermoso colorido; y *Cuento de hadas*, de Mme. Laura Revault-Leroux.

Además de los retratos que al principio hemos citado, son dignos de mención los del *general Roget*, pintado por Cavallier; del *procurador general Octavio Bernard*, por Mlle. Lecomte; de *Mazzantini*, por Diffre; *Cora Laparcerie*, por Victor Tardieu, y los debidos al pincel de Szanskowski, Cain, P. Thomas, Maxence, Lavery, Comerre, Guillaume, Benner, Lazglo, Cayron, González, Belleroche, etc.

El paisaje de Pointelin *Valle del Alto Jura* atrae por su sencillez, por su noble carácter, por el profundo sentimiento, característicos de las obras de tan notable maestro: este cuadro es la naturaleza misma, sin convencionalismos y llena de poesía.



SALÓN DE PARÍS. 1900. — ANTES DE LA PROCESIÓN, cuadro de C. B. d'Entraygues

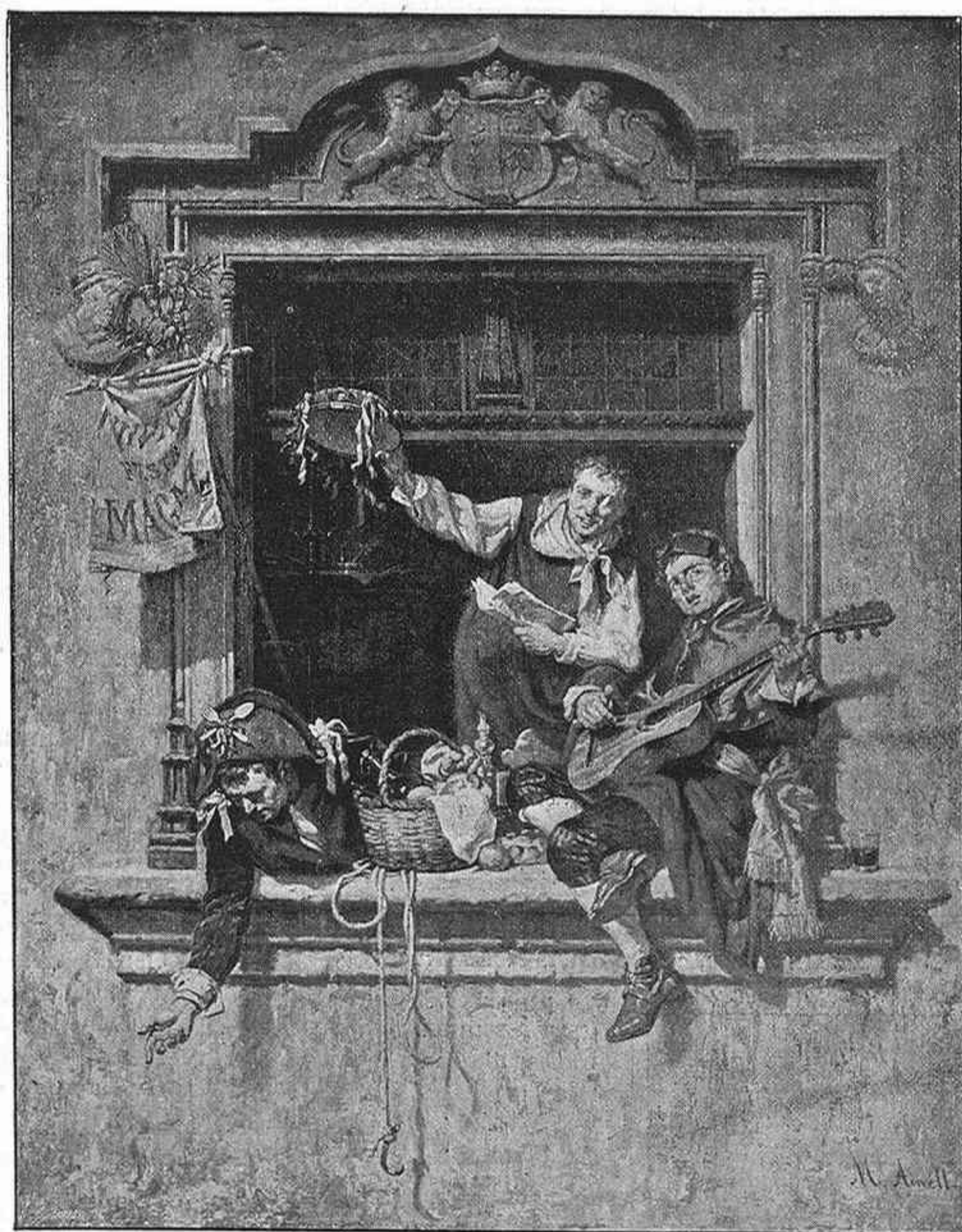
El valle del Saona, de Jan-Monchablon, minuciosamente pintado, no es, á pesar de esta minuciosidad, ni seco ni pueril; es, como ha dicho un crítico, una copia de la naturaleza sin añadirle y sobre todo sin quitarle nada. En *los bosques de Gesse*, de Maury, un pintor poco menos que desconocido, es uno de los mejores paisajes del actual Salón, y está pintado vigorosamente y con gran riqueza de detalles. *El rincón predilecto* constituye una deliciosa nota poética cuya contemplación despierta en el espíritu las dulces emociones de la apacible vida campestre. Jacques-Marie con su *Término de jornada en Montigny-sur-Loing* presenta uno de los mejores paisajes que en la exposición figuran, y Guillemet con su *Torre de la Hougne* nos ofrece uno de los mejores lienzos que su hábil pincel ha producido.

Las secciones de escultura y objetos artísticos contienen pocas obras. En la primera se nota la ausencia de los

grandes maestros, á pesar de lo cual no deja de haber algunas muy recomendables. En primer término llaman la atención *La fuente*, de Verlet; la *Caridad universal*, de Madrassi, mezcla de figuras reales, fantásticas y académicas; un *Cristo condenado*, de Desca, que recuerda los calvarios del siglo XVII; una hermosa estatua de *Goya*, de Llaneces; *El vencido*, alto relieve vigorosamente modelado por Mme. Dumontel, y *La meditación*, escultura eminentemente dramática de Mme. Syamour. Merecen también citarse: *El huracán y la hoja*, de Forestier; los bustos de *Chardin*, de Fournier, y de *Daumier*, de Geoffroy; *La primavera*, de Villeneuve; la estatua sepulcral del *Duque de Nemours*, de Campagne; *La Pureza elevándose por encima de los vicios*, de Marquet de Vasselot; *Anfitrión*, escultura polícroma de Hugues; *La musa de Harlem*, de Dubois; *La Inocencia*, de Boucher, y *La salida del picadero*, de Fremiet.

En la sección de objetos artísticos llaman la atención las joyas de Lionel Le Cositeux, de Quenard y de Foy, un magnífico grupo de máscaras de pasta de vidrio de Cros, un bellissimo candelero de marfil de Varenne y algunos cueros de Benedictus. En la de grabados son dignos de mención un aguafuerte de Juan Pablo Laurens; *El papa y el Cristo*, varios grabados en colores de Coppier; las aguas fuertes de Chahine, de Frank Laing; una hermosa vista de *Cantobery*, de Brunet Debaisnes, y varias re-





SALÓN DE PARÍS. 1900. — ESTUDIANTES DE ANTAÑO, cuadro de M. Amell

producciones de pinturas notables ejecutadas por Manchon, Douchemin, Bouvenne, L. Flameng y Patricot. En la de dibujos sobresalen un severo cartón de J. P. Laurens, titulado *Juana de Arco*; *Alrededores de Napoles*, de Scopetta; *Carnot en su lecho de muerte*, de Condamin, y los de Manceau, Beronneau, Colin, Cooper, C. Lefebvre, etc. — X.

LA DESPOSADA DEL POETA

Aquella noche, dijo el poeta á sus amigos, estaba Julia radiante de belleza. Alta, pálida, con la rizada cabellera cayendo en oscuras oleadas sobre su espalda, con una mirada negra y soñadora en la que parecían reflejarse las nostalgias del cielo; con traje blanco, vaporoso como la niebla que flota sobre el lago... De pie junto al piano, en el que apoyaba su brazo derecho, parecía... no, no se parecía á nadie ¡más que á ella misma!

Os aseguro que nunca en mis delirios de amor me había ofrecido la imaginación una mujer tan hermosa como aquella. ¡Parecía el ensueño de un poeta realizado por Dios para su encanto!..

Cantaba el ariá sublime en que Desdémona suspira de amor. Su voz, dulce y armoniosa, modulaba mágicamente afectos de pasión; sus notas eran sollozos sin consuelo, ecos de un corazón juvenil que muere enamorado, embriagueces de incógnitos deseos.

Su voz seguía las inspiraciones de su corazón que se inflamaba y, convulsa y agitada, arrancaba de su garganta sonidos que no existían en la tierra.

Aquella noche salí loco, completamente borracho de amor. Poco me había faltado para cogerla de repente y sustraerla á las insistentes miradas de la concurrencia.

Ella encarnaba todos los sueños de mi vida.

¡Era ella, sí!

La realidad le había dado, por fin, un nombre y una forma humana.

Juré conquistarla.

* *

Es el caso, continuó el poeta, que aquella noche sentí que me desdoblaba en espíritu y materia, que el primero se deslizaba de la segunda para batir á su antojo las poderosas alas que Dios le diera. Pero no creáis por esto que me morí, y me parece que no necesito



SALÓN DE PARÍS. 1900. — ROMEO Y JULIETA, cuadro de Mme. A. Oppenheim

grandes razones para demostrároslo, á menos que mi poder llegase á tanto como para resucitarme.

Si me pedís explicaciones filosófico-teológicas no sabré darlas; porque ignoro cómo pasó fenómeno tan raro. Lo cierto es que mi yo, en contra de la opinión de los filósofos, se dividió, y que yo espiritual, intangible, me contemplaba fuera de mí, me veía sobre la cama como si fuera otra persona distinta.

Esto sólo fué durante los primeros momentos que siguieron á la separación de alma y cuerpo; sin duda por el tiempo que vivieron juntos ambos enemigos, se tenían algún cariño y se contemplaron ya separados aquel breve instante.

Pero después tiraron cada cual por su lado, y yo me perdí de vista y no volví á verme más que cuando me miraba á un espejo.

Aquella mañana me levanté sin alma.

La bella imagen de Julia seguía atormentándome; pero consideré necesario buscar antes mi alma para ofrecérsela por completo á la encarnación de mis idealidades.

Todo fué en vano. Mi alma no parecía.

Yo no podía vivir más tiempo sin la posesión de Julia, y pensé que su amor infundiría en mi cuerpo alma más hermosa que la que antes alojara.

Principió el sitio; la plaza fué rindiéndose hasta que por completo se entregó. ¡Qué delicadezas descubriría en Julia á cada entrevista!.. ¡Qué raudal de ternura! ¡Cada vez se abrían ante mí nuevos horizontes, hallaba nuevas virtudes y nuevos encantos!

Parecíame mentira que el destino me reservase tanta felicidad.

Por fin llegó el ansiado día en que el amor, santificado por el amor mismo, recibió la sanción del cielo.

¡Si vierais qué pálida, pero qué hermosa estaba, con el blanco traje, con el velo y la corona de azahar!..

* *

— Nunca ya me separaré de ti mientras tu cuerpo viva. Seré la compañera que llorará si lloras y que reirá si ríes. Yo te levantaré de vez en cuando sobre



SALÓN DE PARÍS. 1900. — ENTRE COMADRES, cuadro de Mlle. M. Garay

la miseria humana y te llevaré por las regiones de la virtud; yo llenaré tu pecho de ansias infinitas, y si tú me ayudas te llevaré adonde todo es luz, todo armonía!..

— ¡Oh, bendita seas!, dije queriendo estrechar á la que tanta dicha me brindaba. Pero ¡ay, amigos míos!, dijo el poeta sollozando, mis brazos se extendieron

en el vacío, mi vista se perdió en la obscuridad... ¡Julia, la encarnación de mis sueños, no estaba allí!..

— ¿Cómo?, exclamaron casi á un tiempo mismo los amigos del poeta.

— Julia... ¡era mi alma, que penetraba otra vez en su cárcel de barro!..

JUAN TORAL.

GUERRA ANGLO-BOER

Escaso interés ofrecen las noticias del teatro de la guerra, pues todas pueden reducirse á una, á saber: que los ingleses avanzan rápidamente en su movimiento hacia Pretoria y que los boers se van retirando en todas partes sin oponer apenas resistencia á las enormes fuerzas contra ellos enviadas por lord Roberts. El ejército inglés pasó el Rhenoster, y el día 24 de mayo, cumpleaños de la reina Victoria, la vanguardia cruzó el Vaal, penetrando en el Estado transvaalense.

En el momento en que escribimos esta crónica se encuentran los ingleses á pocos kilómetros de Johannesburgo, en donde habrán entrado seguramente cuando el presente número llegue á manos de nuestros lectores, pues ya se anuncia que los boers desisten de defender aquella capital.

Es verdaderamente extraño lo que en esta fase de la guerra, probablemente la última, ocurre. Ni los más optimistas partidarios de los ingleses pudieron suponer nunca que, después de lo que hicieron en un principio los boers, resultaran tan fáciles como han sido las operaciones últimas de lord Roberts. Esto hace creer que hay entre los burghers graves disensiones y que aumenta entre ellos el número de los que, en vista de la marcha de los sucesos, desean la paz, cualesquiera que sean las condiciones en que se la impongan los ingleses. Según un corresponsal del *Daily Mail*, el presidente Kruger no se muestra ya tan contrario á la terminación de la lucha; en cambio el presidente Steijn y el Secretario de Estado del Transvaal Mr. Reitz desean proseguirla á todo trance.

Actualmente toda la atención se fija en lo que harán los boers en Pretoria. Los que mejor les conocen y tienen noticias de sus propósitos no creen que den una gran batalla, sino que opondrán una resistencia

calculada de manera que pierdan el menor número posible de combatientes y obliguen á los ingleses á ocupar militarmente el territorio de las repúblicas sudafricanas desde el Orange hasta el Limpopo.

Otra de las cosas que preocupan especialmente á los ingleses es la cuestión de las minas, pues aunque Kruger y los generales Meyer y Botha se oponen á la destrucción de éstas, se teme que la opinión pú-

blica, que la desea, acabe por imponerse al gobierno.

En cambio, ningún interés ofrece el cálculo de lo que sucederá una vez terminada la guerra, sabiéndose como se sabe desde hace tiempo que el Orange y el Transvaal pasarán desde luego á la categoría de territorios anexionados á Inglaterra.

«No es posible dejar á los boers ni la más pequeña sombra de independencia,» ha dicho lord Salisbury recientemente en un discurso pronunciado en la Asociación Conservadora de la City.

De todos modos, no podrá decirse que no le haya costado cara á la Gran Bretaña esta victoria, pues aparte de las sumas enormes que ha tenido que gastar, las bajas que ha sufrido su ejército ascendían en 19 de mayo á 20.614, sin contar los enfermos y los heridos que en la actualidad hayen en los hospitales del Africa del Sur. — A.

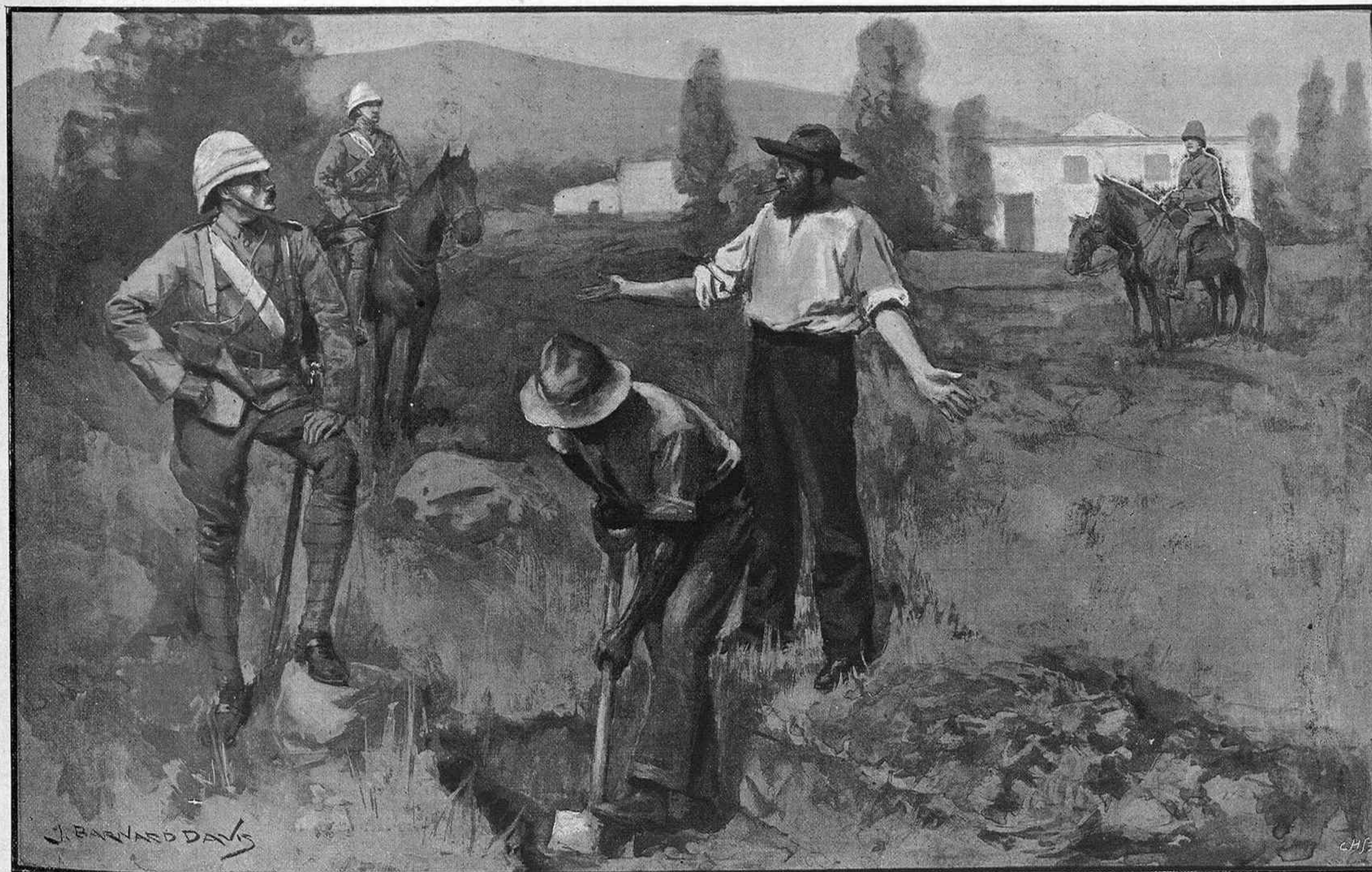


GUERRA ANGLO-BOER. — PRISIONEROS BOERS EN EL TREN QUE LOS CONDUJO Á LA CIUDAD DEL CABO (de fotografía)

CAROLINAS ORIENTALES

ISLA DE PONAPÉ. — RANCHERÍAS DE AGUAK Y DE KAMAR
Fotografías de M. Arias y Rodríguez.
(Prohibida su reproducción)

No es nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez hombre aficionado á



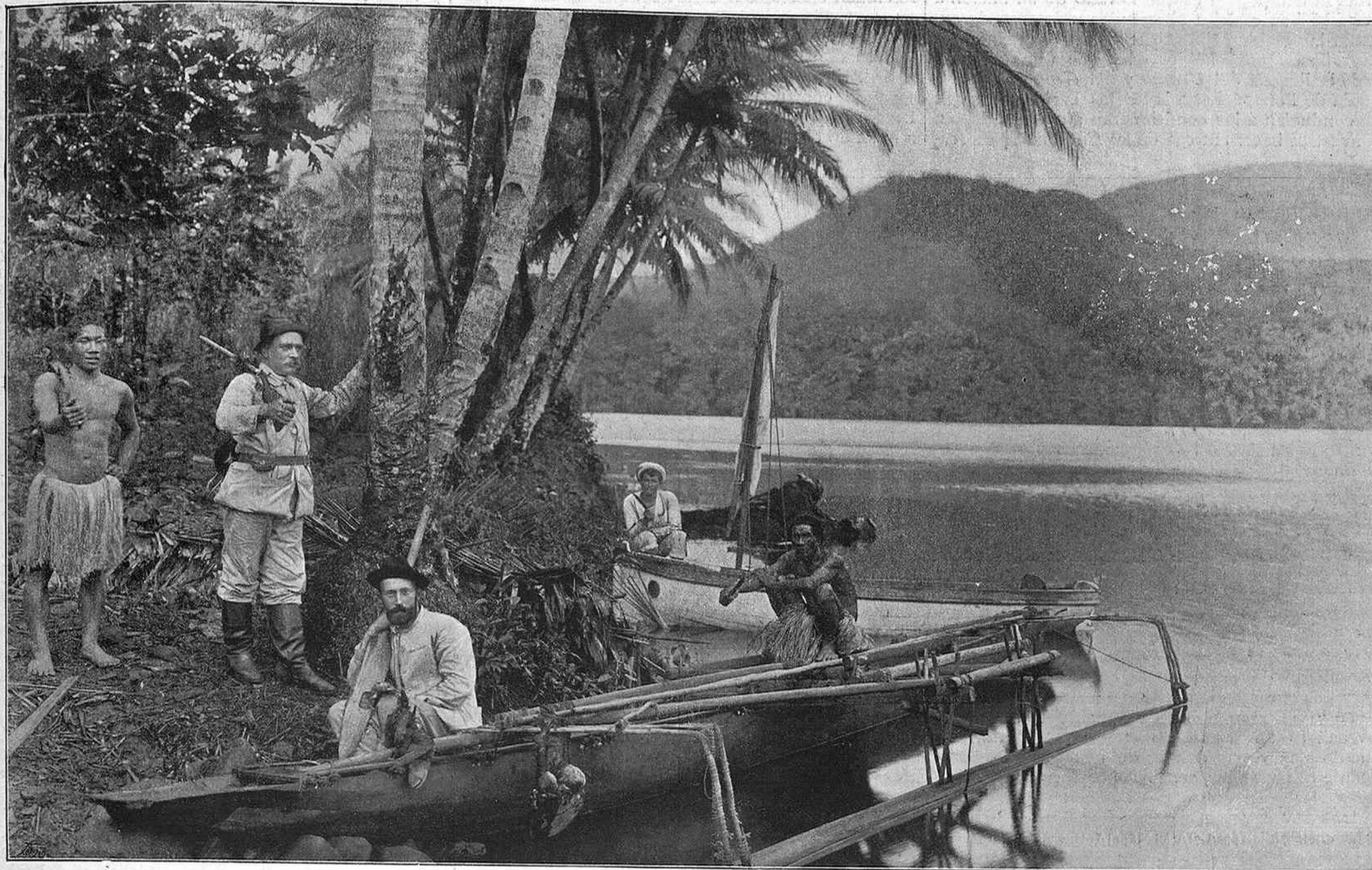
GUERRA ANGLO-BOER. — SOLDADOS INGLESES BUSCANDO ARMAS Y MUNICIONES QUE SUPONÍAN ESCONDIDAS POR LOS ORANGISTAS QUE SE PRESENTARON Á LORD ROBERTS AL OCUPAR EL EJÉRCITO DE ÉSTE EL ESTADO LIBRE DE ORANGE, dibujo de J. Barnard Davis



RANCHERÍA DE KAMAR, SITIO QUE OCUPA LA CASA HABITADA POR EL PRIMERO Y EL SEGUNDO JEFES DE LA RANCHERÍA



RANCHERÍA DE AGUAK. MISIÓN DE PP. CAPUCHINOS. PANTALÁN (DESEMBARCADERO) Y CASA MISIÓN QUE Á LA VEZ SIRVE DE ESCUELA



REGRESO DE UNA CACERÍA Á LA RANCHERÍA DE KAMAR



PAISAJE DE LA RANCHERÍA DE KAMAR

ATENE
BIBLIOTE
MADRID

perder el tiempo; así es que llevado de su afición á dar pasto á su espíritu observador y deseoso de aumentar la notable y rica colección de sus interesantes fotografías, aprovechó los días que transcurrieron desde la llegada del *Uranus* y del *General Alava* á la rada de Ponapé hasta la de los barcos alemanes que conducían á los comisionados á quienes debían los nuestros hacer entrega de las Carolinas, para re-

se cuidan los kanakás más que para recoger el fruto que se produce durante todo el año.

Los otros grabados que publicamos se refieren á la excursión que, como antes hemos dicho, verificó el Sr. Arias á la ranchería de Kamar, invitado por el segundo comandante del *General Alava* D. Angel Pardo. El jefe de la ranchería, á la que llegaron remontando el río Ponapé cuyas orillas son en extremo pintorescas, recibió con grandes demostraciones de satisfacción á los expedicionarios, quienes inmediatamente se internaron por el bosque en busca de caza que abunda allí de un modo extraordinario, consistiendo principalmente en palomas tórtolas y pequeños loros.

Las casas de los carolinios del interior de Ponapé son todas de una sola planta, no constan más que de una pieza y están construídas sobre un gran macizo de cantos rodados y á un metro de elevación sobre el nivel del suelo. Las paredes son de delgadas ramas casi rectas y despojadas de sus hojas que forman como un tejido y están sujetas á unos pies derechos: la techumbre es de hojas de cocotero sobrepuestas y colocadas en hilera á manera de tejado. En el interior no hay más que unos palos al alcance de la mano que se



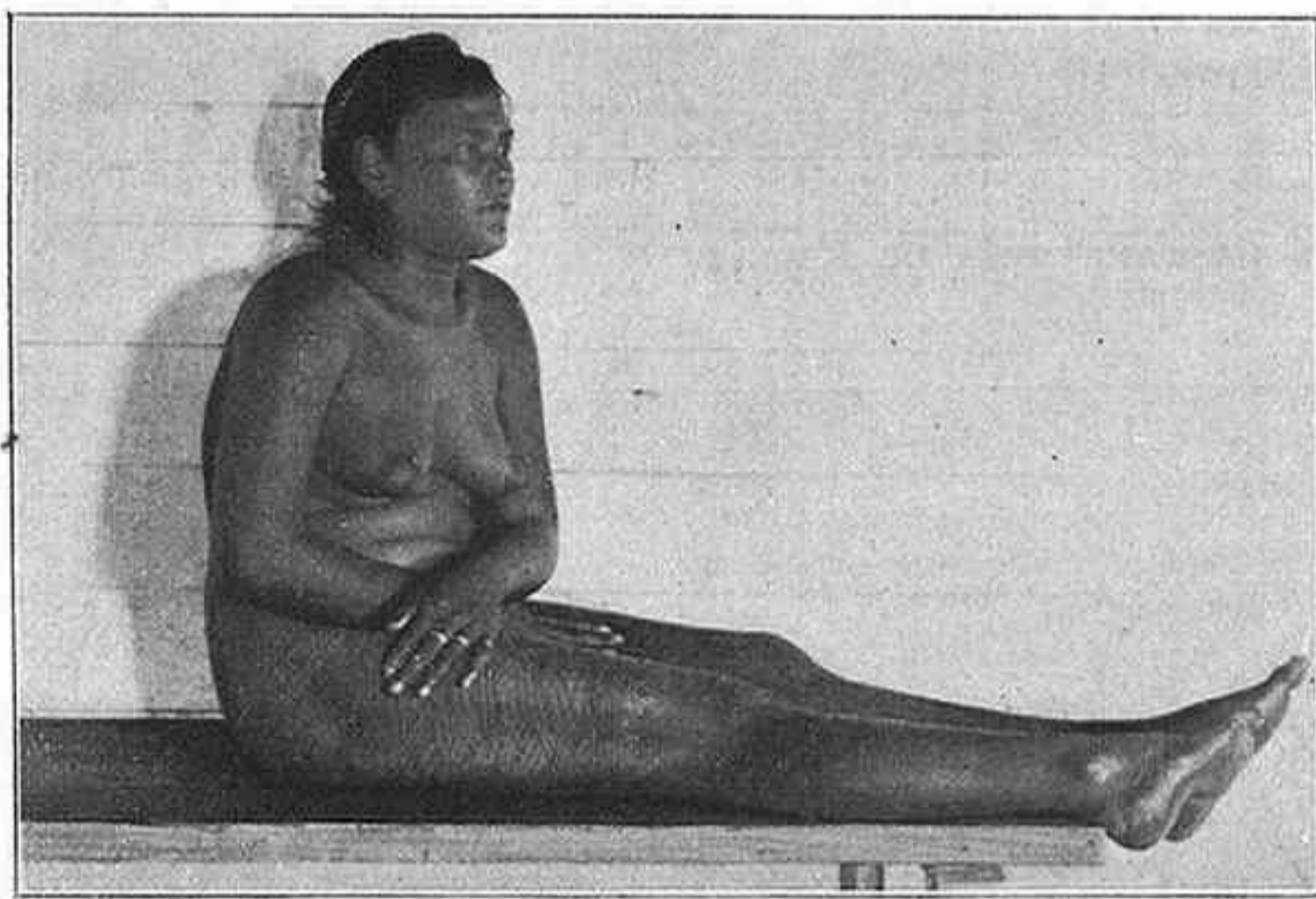
CAROLINAS ORIENTALES. - Isla de Ponapé. - Calle principal del pueblo de Aguak

lizar algunas excursiones al interior de aquella isla tan pintoresca como poco conocida.

Resultado de dos de estas expediciones son las fotografías que en el presente número publicamos, referentes á las rancherías de Aguak y de Kamar.

Aguak es un pueblecito en extremo pintoresco formado por varias casitas de materiales ligeros y bastante diseminadas, cercadas por varias trincheras aspilleradas que con piedras sobrepuestas había construído pocos meses antes el destacamento de infantería de marina español que intervino en la sangrienta lucha entre kanakas cristianos y protestantes, entre los cuales existe gran animosidad.

En el segundo grabado de la página 368 se ve en primer término el desembarcadero (pantalán) ó pequeño muelle formado con piedras colocadas del mejor modo posible, y á la derecha la casa



CAROLINAS ORIENTALES. - Isla de Ponapé. - Mujer kanaka taraceada

conventual ó casa misión de los frailes capuchinos que allí residen inculcando la religión católica á los carolinios de aquella parte de la isla, y de quienes recibió el Sr. Arias grandes atenciones. Dicha casa misión, de pobre aspecto, así exterior como interiormente, consta de una gran habitación destinada á escuela de primeras letras para niños kanakas: largas mesas y bancos rodean la estancia, cuyas paredes de tosca tablazón están cubiertas de carteles con gruesas letras y de mapas geográficos. Una parte muy reducida de la casa sirve de vivienda á los capuchinos, que por celdas tienen cuartitos microscópicos en donde no cogería una cama, mueble que por otra parte no necesitan, puesto que aquellos religiosos duermen en el suelo. Detrás de esta casa se levanta una reducida capilla de madera con techumbre de hierro, que hace las veces de iglesia parroquial y que en parte se ve en el grabado.

A la izquierda de éste hay un barranco que se pasa por medio de unos troncos sin desbistar y sin pasamanos; así son los demás puentecillos tendidos sobre los varios torrentes que atraviesan la ranchería y aun algunos de éstos carecen de tales pasaderas, teniendo simplemente en ambas márgenes una especie de toscas escaleras hechas con piedras mal colocadas. Pasado aquel puente se encuentra una casa kanaka, construída sin duda bajo la dirección y según las indicaciones de los capuchinos, puesto que por todos conceptos ofrece algunas mayores comodidades que las que generalmente habitan aquellos carolinios.

De lo que es la ranchería de Aguak da también perfecta idea el grabado que aparece en esta página y que representa la calle principal del mal llamado pueblo. Este se halla separado del monte por un verdadero bosque de palmeras de coco, de las cuales no

cruzan en la parte más estrecha de la choza y de los cuales cuelgan la poca ropa que sus habitantes poseen, la indispensable escopeta (rifle ó Remington), varias botellas vacías y algunas con el clásico aceite de pescado coloreado de amarillo, y una especie de capachos con los tubérculos ya asados que les han correspondido y que les sirven de alimento, entre los cuales descuella la *ríma*, fruto del árbol del pan.

Aquellos carolinios comen además pescado asado ó crudo y raras veces aves ó cerdos, aunque abundan allí unas y otros: el manjar predilecto en ciertas ocasiones, pues anda muy escaso, es la carne de perro asada.

En el centro de aquella pieza, sin más enseres que alguna caja vacía y algún rollo de esterilla, hay un cuadrilongo de piedras, especie de hogar que sirve para encender leña y calentarse.

Cada ranchería tiene un cobertizo al que pomposamente denominan «casa de piedra»: el piso está formado con piedras que diariamente se caldean encendiendo sobre ellas ramas de arbustos. Cuando éstas están convertidas en brasas, se separan las piedras, se colocan encima de éstas tubérculos y *rímas* en gran cantidad, que se cubren luego con las brasas y se dejan hasta que están bien asados. Todos los individuos de la ranchería van después con sus capachos á recoger la parte que les corresponde, según la familia que tienen, sin que se produzca la menor disputa, pues cada uno toma sin replicar lo que le da el encargado del reparto.

La ranchería de Kamar depende del rey de Not y sus habitantes son cristianos, habiendo sostenido hace poco una guerra con los protestantes que dependen del rey de Metalanín.

El primer grabado de la página 368 reproduce la casa que habitan los jefes primero y segundo de la ranchería: hállase situada la choza en un terreno muy pedregoso como todos los de Ponapé, en un pequeño declive y junto á un arroyuelo, y en ella se ven algunas sillas y varios muebles adquiridos en la colonia y procedentes de Manila, que constituyen en aquellos sitios un verdadero lujo. Los individuos que figuran en este grabado son: el kanaka que está apoyado en la choza, el *Chuli Kamar*, segundo jefe de la ranchería; la mujer sentada cerca de éste, hija del *Leven Not*, primer jefe de la ranchería de Not y casada con el *Leven Kamar*, primer jefe de la ranchería de Kamar, y los demás kanakas que aparecen en el fondo, hermanos ó hijos del viejo *Chuli Kamar*. Los que se ven en el primer grabado de la página 369 son: el kanaka que está de pie, á la izquierda, con la escopeta al hombro, Choncas, primer jefe ó *Leven Kamar* de la ranchería; el que se ve á su lado, apoyado

en el árbol, nuestro corresponsal; el que aparece sentado en la *vinta* (piragua), D. Angel Pardo, segundo comandante del *General Alava*, y el que está en cuclillas en la misma *vinta*, el *Chuli Kamar*.

Respecto de la mujer kanaka taraceada que publicamos en esta página nada hemos de añadir á lo que dijimos en el número 959 al hablar de las costumbres de los carolinios. - A.

NUESTROS GRABADOS

La primavera, cuadro de T. Lobrichon. - De todas las estaciones del año, la que mejor se presta á la inspiración de poetas y pintores es indudablemente la primavera ¿A qué describir las bellezas con que durante ella la naturaleza se engalana? ¿Quién no siente el alma regocijada por el poético espectáculo de este despertar de cuanto en la tierra vive y alienta? El autor del cuadro que reproducimos ha sabido sentir esas bellezas y ese espectáculo y expresar unas y otro de una manera encantadora, por medio de una composición en que tan admirablemente se combinan la luz, las flores y ese ejército de geniecillos que parecen entonar un himno á la que con razón ha denominado un poeta juventud del año.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.-BARCELONA. - En el Salón Parés se ha inaugurado una nueva exposición de obras del notabilísimo pintor catalán D. Ramón Casas. Figuran en ella los originales que han servido para la ilustración del semanario *Pel y Ploma*, una serie cronológica de cuadros al óleo de distintos géneros, varios retratos y multitud de dibujos. En todas estas obras se admira una vez más el genio del tan justamente renombrado artista que ocupa uno de los primeros puestos en la pintura moderna.

**

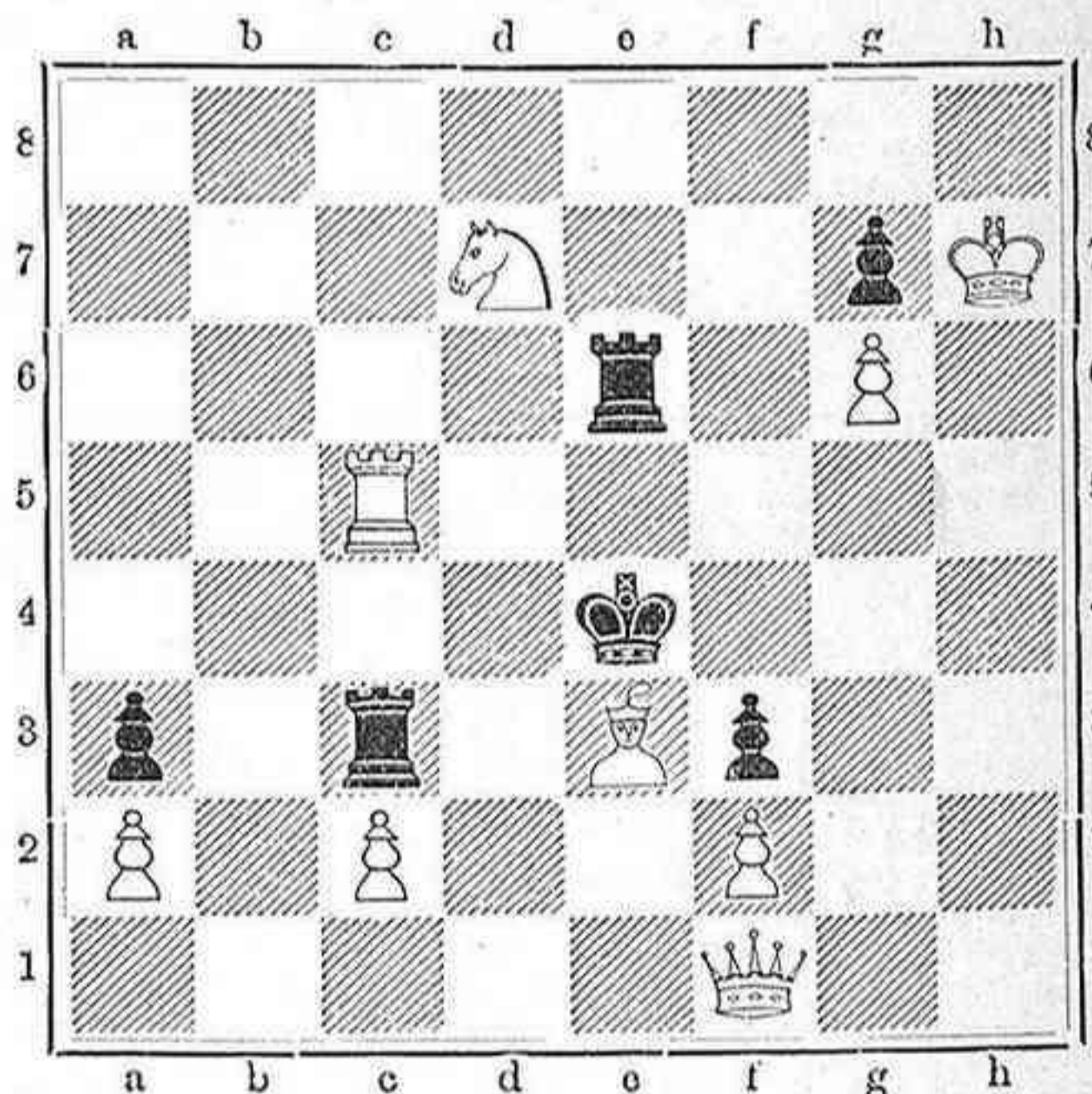
Teatros.-MADRID. - En la Zarzuela se ha estrenado con buen éxito *El prisionero de Riosa*; zarzuela en un acto, letra de Sr. Moreno Gil y música de los maestros Taboada y Fernández de la Puente.

Barcelona. - Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *Lo secret d' un testament*, bonita comedia en un acto de D. J. de Argila. En Novedades y en el Eldorado han inaugurado sus representaciones las dos excelentes compañías que dirigen D. Emilio Thuillier y D.ª María Alvarez Tubau de Palencia. En el teatro Lírico se han dado varios interesantes conciertos: en dos de ellos ha demostrado nuevamente el joven violinista Sr. Manen su completo dominio del violín ejecutando de un modo acabado varias difíciles composiciones de Beethoven, Tartini, Paganini, Bach, Bruch, Schubert, Ernt y Sarasate, y ha demostrado además ser un excelente é inspirado compositor; en otro, el notable pianista Sr. Estradé obtuvo un éxito completo en la ejecución de escogidas y difícilísimas piezas de Beethoven, Paderewsky, Listz, Saint-Saens, Wagner, Oscar de la Cinna y Beriot. Y finalmente, el celebrado maestro Sr. Crickboom alcanzó una serie de entusiastas ovaciones dirigiendo una orquesta de 85 profesores que ejecutó admirablemente la séptima sinfonía y la obertura de *Egmont*, de Beethoven; el *Poema lírico*, de Glazounow; la *Entrada de los dioses en el Walthalla* y fragmentos del *Parsifal* y del *Rheingold*, de Wagner, y la *Danza macabra*, de Saint-Saens.

Substitúyense unas imitaciones á la verdadera CREMA SIMÓN; prevenimos de ello á nuestros lectores.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 196, POR F. SCHINDLER
NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (9 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

- SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 195, POR J. BERGER.
- | | |
|------------------------|-------------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A h6-f4 | 1. A a8-b7, c6, d5, e4. |
| 2. A f4-b8, e7, d6, e5 | 2. Cualquiera. |
| 3. A a7, b6, e5, d4 | 3. Id. |
| 4. A mate. | |

VARIANTES

- 1.... Tg3-f3, d3, e3; 2. P toma T, etc.
1.... Tg3-h3; 2. Af4-e5, d6, etc.
1.... h4-h3; 2. A toma T, etc.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)



... y de él pendía un racimo de seres humanos

La estación era deliciosa; el mar había estado en calma y la navegación había sido feliz.

En todas partes surgían del agua islas verdosas. Con los gemelos se divisaban distintamente á lo lejos las costas de Francia.

A cada instante se encontraba algún vapor, buque de vela ó barca de pesca.

El *Prins-Hendrick* acababa de doblar la isla de Batz.

— ¿Llegaremos mañana temprano, capitán?, preguntó el Sr. de Saint-Hyrieix.

— Entraremos en la rada de Brest á eso de las ocho; y sin duda hubiéramos llegado tres horas más pronto si la niebla que se levanta no nos obligase á disminuir la marcha.

— Sí; porque con la multitud de buques que encontramos sería de temer alguna embestida.

— Yendo con prudencia, nada hay que temer. Se han tomado todas las precauciones para que puedan dormir tranquilamente la última noche que pasan á bordo los pasajeros que voy á tener el sentimiento de dejar en Brest.

Así tranquilizados por el capitán del buque y en vista de que se hacía tarde, cada cual se retiró á su camarote.

El *Prins-Hendrick*, á pesar del velo espeso que empezaba á envolverle, hacía gallardamente sus doce millas por hora.

El vapor llevaba en su palo de mesana una potente luz blanca, cuya irradiación uniforme y no interrumpida era visible á una distancia de más de cinco millas.

Una enorme luz verde brillaba á estribor y otra roja á babor.

Además, con gran detrimento del oído de los pasajeros y constante interrupción de su sueño, un silbido del vapor, estridente é interminable, rasgaba el aire cada cinco minutos, con toda regularidad, conforme á las prescripciones legales del Código marítimo.

El oficial de guardia estaba en su puesto, procurando escudriñar con su vista experimentada las profundidades de la neblina.

En cubierta no había nadie más que los tripulantes de servicio y Roberto d'Alboize.

El joven capitán de estado mayor fumaba un cigarro, paseándose de popa á proa y de babor á estribor con paso desordenado y febril.

De vez en cuando se detenía bruscamente; después,

sin hacer caso de la humedad glacial que se desprendía de la niebla en medio de la cual se agitaba, se apoyaba de codos en la borda y permanecía largo rato asomado al piélagó tranquilo, inmóvil como una estatua. De pronto, aquella inmovilidad era interrumpida por algún gesto de desesperación.

— ¿Qué demonios tiene ese en el cuerpo?, pensaba el viejo timonel que le estaba observando. ¿Por qué, en vez de ir á acostarse tranquilamente como los demás viajeros, se está revolviendo en cubierta como un pajel en agua hirviendo?

Pero transcurrían las horas sin que el joven pareciese dispuesto á dar satisfacción á la curiosidad del viejo marinero.

De pronto, un silbido de mando, terrible, espantoso, desgarró el silencio de la noche.

— ¡Vira á babor!, gritaba el oficial de guardia.

Un chorro de vapor invadió la cubierta con una nube blanca que parecía luchar contra la nube amarilla de la niebla.

Y los silbidos resonaron presurosos, anhelantes...

Luego los gritos, los reniegos de los tripulantes, y un inmenso, un espantoso clamoreo de pasajeros que se levantaban sobresaltados, llenos de espanto, locos de terror.

A veinte metros, á diez metros, á cinco metros, aparecía en la oscuridad de la noche, enorme, monstruosa, negra, una masa colosal, que á todo vapor avanzaba como una locomotora, como una bala, contra el *Prins-Hendrick*...

Ya ni tiempo quedaba para gritar.

¡Era la muerte segura, inmediata!

¡Un choque, un crujido, un desquiciamiento espantoso!

El buque pasó.

Hubo un ruido de cuerdas rotas, de maderos astillados, un enrevesamiento de aparejos que un golpe seco rompió bruscamente.

¡Y nada más!

¡El vapor estaba partido! Y el asesino huía en las sombras de la noche, silencioso, aterrado por los cadáveres que allí dejaba...

— ¡Es un buque inglés!, tuvo tiempo de decir el viejo timonel.

La proa del vapor ya se hundía.

¡Cinco minutos!..

Entonces, á la luz de los faroles de á bordo, rápidamente encendidos en todas partes, aparecieron grupos de seres humanos suspendidos en los aparejos, encaramados en los mástiles, agarrados á los despojos, en tanto que la proa se hundía cada vez más en el mar, cuyas aguas cabrilleaban suavemente, como meciéndolos para sumirlos en el sueño de la muerte.

Luego, un gran torbellino. El agua formó un vasto embudo, una especie de copa gigantesca, y todo se sumergió.

Un sollozo atroz escapóse de doscientos pechos, un suspiro de dolor, un grito de desesperación..., ¡uno solo!..

¡Después, nada!

El mar continuaba ondulando suavemente, invadiendo á su vez la popa del vapor, atrayendo lo restante de su presa.

El capitán había ordenado:

— ¡Botes á la mar!

Y la obediencia está tan arraigada en el corazón del marino, que los supervivientes ejecutaron la orden sin aturrullarse, casi con frialdad, sin dejar de comprender que el resto del buque se acercaba al inevitable y rápido hundimiento.

El capitán tenía esa mirada altiva y resignada del marino en el zafarrancho de combate.

¡Iba á morir! Sí, pero antes procuraría salvar al mayor número de las personas de quienes respondía.

Estaba pálido, pero impasible.

Sin embargo, el espectáculo era horroroso.

Para los pasajeros de proa no había habido más que el pánico de la muerte, fatal, inexorable, pero casi inmediata.

Los de popa tenían tiempo de sufrir la agonía.

El instinto de la conservación les reservaba todos los terrores de la muerte que se ve venir.

Los despojos del buque se hundían lentamente, como si el Océano, harto ya, quisiera darse un momento de reposo antes de tragarse el resto.

Y en la oscuridad, hendida por el resplandor si-

niesto de algunas antorchas, las mujeres, medio desnudas, corrían alocadas, tropezando, llorando, suplicando, pidiendo la salvación...

Los hombres se convertían en fieras, luchando por la vida, que querían de buen grado ó á la fuerza.

Se empujaban, se batían á puñetazos y á coces.

Se agarraban unos á otros, se mordían para pasar los primeros, estrujando á las mujeres y á los niños para llegar á la embarcación, para salvarse.

Desde la borda se arrojaban al mar, se agarraban al bote y se subían á él gritando como locos:

— ¡Sálvese el que pueda!

De pronto el bote zozobró, cargado con exceso de un lado.

Hubo una nueva lucha por ver quién se agarraría á la embarcación volcada; lucha horrible.

Al mismo tiempo, lo que aún flotaba del *Prins-Hendrick* giró rápidamente sobre sí mismo como un trompo.

Otro inmenso torbellino como con la proa.

Luego un horrible y formidable gluglú.

El segundo acto del drama apenas había durado diez minutos.

Algunos despojos flotaban acá y acullá; algunas cabezas de nadadores que aún luchaban desesperadamente: esto era lo único que indicaba el siniestro.

Luego, cadáveres sacudidos por las olas...

Pero en el instante supremo pudo verse una forma humana, envuelta en una blanca vestidura, de pie contra uno de los restos del buque destrozado, sonriendo á la muerte próxima, sonriendo á ensueños del alma, sonriendo á las estrellas de oro que centelleaban en el cielo ya despojado de la niebla y que alumbraban con opaca luz el terrible naufragio.

Estaba sola...

Era Carmen.

Perdida en la oscuridad de la noche, no había oído las voces de Saint-Hyrieix, que fué uno de los más pronto en correr hacia el bote, donde creía encontrarla por haberla visto adelantarse.

Envuelta en una amplia bata de cachemira blanca, esperaba impasible, desdeñosa de una lucha inútil, valerosamente resignada.

Sin embargo, en el momento en que creía que todo había concluido, en que el mar, violando su asilo, iba á lamer sus pies descalzos, escapóse de sus labios un nombre, un grito supremo.

Luego cerró los ojos y se abandonó á la muerte.

De pronto dos brazos la cogieron y se sintió enlazada á un hombre.

Entonces el mar los sepultó á los dos.

Pero á pesar de la insensibilidad que la paralizaba, adivinó que los dos brazos que la habían cogido la izaban sobre un despojo y la ataban á él con el largo cordón de su bata.

Luego se sintió flotar sobre las olas, como mecida por un movimiento pausado y tranquilo.

Un impulso vigoroso y uniforme la empujaba.

Comprendió que el brazo de alguno que nadaba detrás de ella dirigía la improvisada embarcación.

Carmen no distinguía el rostro de su salvador.

Sin embargo estaba tranquila, casi risueña.

De pronto, á pesar de su estado inconsciente, sintió un inmenso silbido á sacudidas, semejante á los quejidos del viento en los largos corredores de un viejo castillo.

Luego se sintió nuevamente suspendida fuera del agua, en los brazos que ya la habían levantado, y colocada en una especie de balsa.

El impulso que la dirigía en medio de las olas había cesado.

Abrió los ojos.

Se encontraba en la cubierta de uno de esos pontones de salvamento que el ramo de ingenieros marítimos coloca á cierta distancia de los grandes puertos.

El cielo y el mar la rodeaban todavía.

Era aún de noche.

Entonces Carmen pronunció el mismo nombre que se le había escapado de los labios á bordo del vapor naufragado; y lo pronunció está vez con un acento de ternura y de gratitud infinitas.

— ¡Roberto!..

Dos labios le contestaron.

Y allí, sobre aquel frágil asilo, mecidos aún por las olas, perdidos en medio del Océano, sin saber si

la muerte había abandonado realmente su doble presa, sus corazones se unieron y se entregaron en un primer y supremo beso.

III

EL CASAMIENTO DE UN BRETÓN

La condesa de Kerlor, que llevaba el apellido de Penhoet, pertenecía á una de esas familias bretonas que son como un producto especial de esa tierra de granito, batida incesantemente por las olas.

Los rasgos de su fisonomía guardaban una rigidez que hacía pensar involuntariamente en la de las rocas en medio de las cuales había nacido, allá en la costa de Finisterre, á unas cuantas leguas de Brest.

Sus ojos, de un color verde sombrío, parecían reflejar, como un espejo, las aguas del Océano que habían contemplado desde la infancia. Como ellas, cuando en el alma de la condesa estallaba alguna tempestad, sus ojos adquirían un siniestro color obscuro que dejaba presentir que su cólera arrollaría, como el mar enfurecido, todo obstáculo que se opusiese á su voluntad.

Todos los Penhoet habían sido marinos; casi todos habían muerto en el mar. Apenas conocían á los varones en el pueblecito en que se alzaba la casa solariega de la familia.

No desembarcaban más que para casarse, á fin de perpetuar su linaje; luego volvían á arrostrar las tempestades, obedeciendo á la misión para la cual parecía haberlos criado Dios.

El último de los Penhoet, padre de la condesa, murió después de la expedición de Méjico, en 1838, de resultas de una herida recibida en el sitio de Veracruz.

Su hija tenía entonces dieciocho años.

Se casó, según los deseos manifestados por su padre, con el conde de Kerlor, oriundo de una antigua familia española de Méjico; unión que no dejó de ser muy feliz, á pesar del carácter violento de ambos esposos. El conde murió en 1860, dejando á su viuda dos hijos de corta edad: Jorge y Carmen.

Con la vejez, el carácter de la condesa se había modificado poco. No disfrutando más que de una fortuna mediana, aunque suficiente para educar á sus hijos con todo el decoro correspondiente á su rango, se había retirado, á raíz de su viudez, en el castillo de Penhoet, y únicamente iba á París á pasar dos ó tres meses de invierno, á fin de no perder de vista las altas relaciones que en su día pensaba utilizar en favor de sus hijos.

En esto, la señora de Kerlor recibió de Méjico una triste noticia.

Contaminada de la fiebre de especulación que entonces devoraba á Europa y se había extendido hasta el Nuevo Mundo, seducida por el ejemplo de amigos temerarios, la condesa, gran parte de cuyas propiedades se hallaban en el mismo campo de batalla de los hombres de negocios, había olvidado su prudencia habitual y se había dejado arrastrar á su vez por el torbellino.

De pronto supo que los acontecimientos habían burlado sus esperanzas, y que sus intereses de ultramar se hallaban más que comprometidos.

Sólo un medio había para salvarlo todo: la presencia de un hombre hábil, experimentado y bastante enérgico para arrebatarse á las aves de rapiña que se habían echado sobre los dominios de la viuda la fortuna que ya creían tener en sus garras.

Jorge de Kerlor tenía entonces veintiún años.

Después de haber hecho brillantes estudios en el Liceo de Enrique IV, acababa de salir con uno de los primeros números de la Escuela politécnica. Pero considerándose bastante rico para poder satisfacer sus gustos, y creyendo utilizar mejor su vida no aceptando ningún cargo administrativo, había presentado la dimisión de ingeniero y vivía al lado de su madre.

Los estudios científicos habían impreso en su espíritu, naturalmente recto y un poco rígido, ese carácter de lógica inflexible propio de los matemáticos que, aplicando sus ecuaciones á las cosas de la vida, olvidan con demasiada frecuencia el factor «pasión», que cambia todos los términos del problema.

Sin embargo, la sangre hispano-americana que aún corría por las venas de Jorge, mezclada con la de los Penhoet, daba á sus rebeldías, en presencia de una contradicción ó de un error, un carácter de exaltación que á veces era terrible.

Ni su misma madre hubiera podido quebrantar entonces una resolución por él tomada, después de haberla juzgado justa en su fuero interno.

Cuando la señora de Kerlor lo hubo puesto al corriente del estado de sus negocios en Méjico, Jorge no vaciló.

Lleno de celo y de ardor, no dudando de poder salvar los intereses de la familia, partió.

Durante esta ausencia, prolongada por las dificultades de toda especie con que tuvo que luchar, fué cuando Jorge recibió de su madre la noticia del noviazgo de su hermana.

Al mismo tiempo, la condesa llamaba á su hijo. Acababa de estar enferma y quería abrazarlo á toda costa.

Gracias á su energía y á su habilidad, Jorge recuperó los bienes comprometidos y vendió en buenas condiciones todas aquellas propiedades lejanas, tan difíciles de administrar.

No les quedaba á los Kerlor la opulencia de sus antepasados, pero sí una fortuna bastante considerable, que, convertida en buenas fincas bretonas, iba á acrecentarse sin duda, merced á la administración vigilante y entendida de la vieja condesa.

Jorge volvía, pues, doblemente contento de su largo y penoso destierro.

Hacía próximamente año y medio que no había visto á su familia, y se le ensanchaba el corazón á la idea de que iba por fin á abrazar á su madre y á su querida hermana.

¡Casada! ¡Carmen!.. ¿Era posible?

El viajero la había dejado aún niña, é iba á encontrarla mujer, pronto madre tal vez.

Porque en una carta que Jorge encontró en Saint-Nazaire, al desembarcar, su madre le anunciaba que los esposos Saint-Hyrieix habían de llegar de su larga peregrinación, casi al mismo tiempo que él de la suya, y que toda la familia iba á tener la satisfacción de encontrarse reunida en el castillo de Penhoet.

Tales eran los pensamientos que cruzaban por la mente de Jorge, en tanto que fustigaba al *poney* enganchado al *buggy* que con un criado habían enviado á su encuentro.

La estación del ferrocarril más próxima á Penhoet no distaba menos de dos leguas.

El camino costaba el mar.

— ¿Decías, Pornic, preguntó Jorge al joven *groom* bretón que iba á su lado en el carruaje, que mi hermana y mi cuñado aún no han llegado al castillo?

— No, señor, contestó el muchacho. Pero les esperan de un momento á otro. El parte que los anuncia debe haber llegado á estas horas; porque el tío Malarec, el peatón del telégrafo, necesita mucho tiempo para ir hasta Penhoet, aunque suele encaramarse en la imperial de la diligencia.

— Sí.. quizá... murmuró Jorge.

Y volvió á preguntar después de un rato de silencio:

— ¿De modo que no hay nadie en el castillo con mi madre?..

— Que el señor conde me dispense. Está la señora Elena, su prima.

— ¿Elena? ¿Elena de Penhoet?..

La estupefacción manifestada por Jorge iba sin duda á provocar de su parte una serie de preguntas sobre aquella noticia que tanto parecía sorprenderle, cuando, desde una revuelta de la carretera que dominaba el mar, descubrió bruscamente un grupo compacto de hombres y mujeres que hacían grandes aspavientos, corrían de un lado á otro, muy agitados, y parecían presa de una emoción más viva de la que suelen manifestar los indiferentes é impasibles campesinos bretones.

— ¿Qué será?... dijo Jorge.

Y haciendo acelerar el trote al caballo, alcanzó en breve á uno de los labriegos que se había destacado del grupo y corría á escape hacia el pueblo, situado en el fondo del valle, á cierta distancia de la carretera.

— ¡Eh, hermano! ¿Qué ocurre?, preguntóle Jorge á gritos.

— ¡Ah, señor conde!, contestó el interpelado recobrando aliento. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

— ¿Pero qué ocurre?

— Una embestida... esta noche pasada; porque el tiempo era tan bueno, niebla aparte, que no puede ser un naufragio.

— Una embestida... ¿Cerca de aquí?

— No habrá sido muy lejos... La marea, al volver, ha arrojado ya á la playa numerosos vestigios y tres cadáveres. Y como la marea aún sube, se espera que arrojará otros.

— ¿Y ningún naufragio vivo? ¿No se ha podido reanimar á ninguno de esos cuerpos humanos?

— Á ninguno, hasta ahora. Los que han parecido, bien muertos están. Pero es seguro que las olas sacarán á otros y se preparan socorros y angarillas, mientras que los muchachos van á reconocer la costa.

— ¡Voy á ayudarlos!, exclamó Jorge.

Y abandonando las riendas á Pornic, el valeroso joven saltó del carruaje.

— ¡Corre al castillo!, dijo al criado. Explica á mi madre la causa de mi retraso. Si espera para abra-

zarme, me perdonará pensando que salvo tal vez la vida á uno de esos desgraciados... ¡Y sobre todo envía socorros y gente!

Y mientras el *buggy* se alejaba á trote largo, Jorge se acercó al grupo de campesinos.

— ¡Vamos, amigos! Soy el conde de Kerlor y vengo á ayudarlos. ¡Adelante!

Los campesinos acogieron con entusiasmo la llegada del joven señor. Muchos le conocían de antiguo.

Bajo su dirección, se formaron varios grupos, distribuyéndose la costa, á fin de explorarla palmo á palmo.

La fúnebre tarea duró algunas horas.

Se añadieron cinco cadáveres á los que la marea había arrojado.

Inútiles fueron los cuidados que se les prodigó para devolverles la vida.

Nada de cuanto se recogió dejaba adivinar el nombre del buque perdido.

La noticia del siniestro se había extendido rápidamente y los socorros llegaron pronto y en gran número.

Empezaba á obscurecer.

Toda la población ribereña, escalonada en la costa, la exploraba minuciosamente.

Entre los más trabajadores se distinguía Jorge, más presuroso, más audaz, más emprendedor en sus pesquisas que los pescadores ó marineros más agueridos.

En su ardor, se había separado, sin darse cuenta, del grupo que dirigía.

Llegó á una especie de muelle natural, formado por una aglomeración de rocas entre el acantilado y el mar.

Hizo un violento esfuerzo y pudo asomarse por encima de aquella punta.

Dirigió la mirada en torno de él.

Las olas, bruscamente detenidas, reventaban en un estrecho canal, enfurecidas por el obstáculo.

Buscar allí algún resto del naufragio era tiempo perdido.

Todo el que se hubiese arriesgado á abordar por aquel paraje, se hubiera estrellado contra las rocas, ó la resaca lo hubiese arrojado una y otra vez contra las rompientes, hasta el aniquilamiento completo.

Sin embargo, Jorge penetró más adelante.

La noche se aproximaba por momentos.

El conde andaba despacio.

De pronto se detuvo.

Entre dos arrecifes, el mar había abierto una especie de pequeño canal abovedado, muy estrecho, de unos cuantos metros de longitud, que iba á parar á un remanso, oculto á la vista por las rocas que lo dominaban.

Para que un objeto cualquiera hubiese penetrado hasta allí, era preciso que una milagrosa casualidad lo hubiera conducido directamente por el estrecho canal al remanso, con rapidez bastante para que la resaca no se lo hubiese vuelto á llevar.

Y esta casualidad había ocurrido sin duda, porque Jorge acababa de detenerse, mudo é inmóvil, ante el espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

En una de las orillas de la pequeña ensenada, yacía un pedazo de orla de bote, en que se leían estas palabras pintadas de blanco: *Prins-Hendrik*.

Y bruscamente recordó Jorge haber leído aquel nombre en la carta en que su madre le anunciaba la coincidencia del regreso de su hermana con el suyo.

Era el nombre del vapor en que Carmen y su marido se habían embarcado en Amsterdam para Brest.

¡De modo que aquel buque naufragado era el mismo en que ella venía!

¡Y quizá, entre los cadáveres depositados hacía poco á sus pies por las olas, Jorge iba á reconocer al de su hermana!

Una mortal angustia oprimió su corazón.

Y jadeante de emoción, avanzó.

De pronto se sintió clavado al suelo, y aquel hombre, á quien hasta entonces ningún peligro había emocionado, fué invadido por un espanto que le heló hasta los huesos.

Era ya de noche.

En el cielo brillaban numerosas estrellas, proyectando en las rocas como una tímida claridad.

Materialmente clavado por la violencia del choque entre dos rocas, surgía del agua un trozo de mástil; y de él pendía un racimo de seres humanos, agarrados con manos crispadas por la agonía, amoratados, con los ojos abiertos.

La luna, que acababa de salir, iluminaba de lleno aquel cuadro horrible.

Á su blanquecina luz se destacaban bruscamente las facciones convulsas y las actitudes supremas de los ahogados.

Unos treinta metros separarían á Jorge de los cadáveres, y sin embargo le parecía poder leer en la

cara de cada uno la expresión de su último pensamiento: imprecaciones de rabia, llamamiento rugiente á la vida que se escapaba, desolado quejido de la agonía!

Sintiendo que vacilaba, el conde hizo un esfuerzo sobre sí mismo y tendió la mano para apoyarse en la roca fría y húmeda.

Miraba fijamente aquel horrible espectáculo, esforzándose en cobrar ánimos para acercarse á él.

De pronto oyó ruido y pareció que algo se movía en dirección á los cadáveres.

¿Recobraría la vida alguno de los que parecían muertos?

Jorge lo creyó así de pronto, é iba á precipitarse, cuando examinándolo con más detención, vió salir de entre las rocas un ser horrible.

Al pálido resplandor de la luna, parecía una aparición diabólica, un fantasma monstruoso.

El fantasma se arrastraba por las rocas, como un reptil, sigilosamente.

Jorge, engolfado en remotos recuerdos, se creyó lejos de Francia, lejos de Europa, transportado en presencia de uno de esos espantosos crustáceos de los países tropicales, que en sus cuevas inmundas acumulan provisiones de cadáveres para hartarse en los días de escasez.

Aquel ser incalificable se dirigía á gatas hacia los cadáveres.

Cuando estuvo cerca de ellos, dirigió una mirada en torno suyo para cerciorarse de que estaba solo, y se puso de pie.

La luna le iluminaba de lleno.

Era un hombre.

Jorge, oculto detrás de su peñasco desprendido del acantilado, seguía observando, con el corazón oprimido.

El hombre se acercó á los muertos.

Incorporándose después sobre ellos, les sacudió uno tras otro y les registró la ropa.

Les arrancaba las sortijas de los dedos, las cartaras de los bolsillos, y de las orejas de las mujeres los pendientes que brillaban, guardando todo su botín en un talego que colgaba de su cinto.

Terminada su faena, tranquila y metódicamente cogía el cuerpo despojado y lo lanzaba al estrecho canal, de donde las olas, al retirarse, lo empujaban más adentro.

De pronto, en el silencio siniestro de la noche, se oyó un estertor débil, pero de un acento atroz.

Uno de los cadáveres violados se rebelaba.

El hombre entonces levantó el brazo.

Al extremo de aquel brazo, Jorge vió relucir la hoja de su arma.

Y obedeciendo á un impulso instintivo, sin calcular la distancia que los separaba, sacó de su bolsillo un revólver, apuntó al monstruo y apretó el gatillo.

Salió el tiro, repercutido y agrandado por el eco sonoro de la montaña.

El hombre se sacudió como una fiera para cerciorarse de que no estaba herido.

Y sin volver la vista atrás, desapareció rápidamente por entre las rocas.

Jorge se precipitó hacia el cuerpo humano que había lanzado el gemido.

Al mismo tiempo, todos los campesinos acudían á la detonación.

Rodearon al naufrago, sobre cuyo pecho estaba inclinado Jorge, espiando la vida. El corazón latía aún.

Envolvieron al ahogado en mantas de lana.

Entreabrieron sus labios y separaron sus dientes apretados para hacerle tragar un cordial.

Poco á poco disminuía el frío que lo helaba.

Mientras lo incorporaban para colocarlo en unas parihuelas, un campesino designó á Jorge un objeto caído en la arena.

Era una cartera de cuero amarillo con iniciales y cantos de oro.

En su espanto y precipitación, el bandido, que ya la había cogido, la dejó caer.

Jorge miró las iniciales.

Las componían tres letras: F. S. H., con una corona de barón encima.

El conde hizo un movimiento brusco.

F. S. H.

¿No eran las iniciales del marido de su hermana, de aquel cuñado á quien aún no conocía y á quien iba á ver por vez primera en el castillo de Penhoet?

Abrió la cartera. Saltaron dos ó tres tarjetas.

Kerlor fijó febrilmente su mirada en ellas y leyó:

FERMÍN DE SAINT-HYRIEIX

Secretario de embajada

— ¡Pronto! ¡Al castillo!., ordenó con voz ahogada por la emoción á los campesinos que sostenían las parihuelas.

Y echó á andar delante á fin de preparar á su madre para el golpe que iba quizá á recibir.

Corriendo, pensaba.

Sentía vivos deseos de saber si la condesa tenía alguna noticia de Carmen.

Si nada se sabía en el castillo, era de presumir que la infeliz había perecido como tantos otros.

Una vez en el pueblo, Jorge vió un caballo atado á una argolla, delante de una taberna.

Era el del médico, que había acudido rápidamente al tener noticia de la catástrofe. Por desgracia sus cuidados eran ya inútiles.

Kerlor desató al caballo, saltó encima y partió á galope tendido.

Un cuarto de hora después llegaba al castillo de Penhoet.

— ¡La señorita Carmen!., la señora de Saint-Hyrieix!., gritó con voz temblorosa al viejo portero que había acudido á la reja al ver aproximarse un jinete y no salía de su sorpresa al reconocer al señorito, á quien esperaba desde hacía tanto tiempo.

— La se... ñorita está aquí!., con la señora condesa. En efecto, al ruido del galope del caballo, tres mujeres habían acudido al rellano de la escalera exterior.

— ¡Madre!., ¡hermana mía!., exclamó Jorge precipitándose en sus brazos.

— ¡Sí!., tu hermana, salvada por un milagro de Dios, dijo la señora de Kerlor. Pero su marido!., ¿sabes algo de él?

— ¡Se ha salvado! ¡Le he salvado yo! Detrás viene.

— ¿Aquí?

— Sí. Está sano y salvo.

— ¡Sano y salvo!, repitió Carmen.

Su voz tenía una sonoridad extraña. Detúvose un segundo, y luego, bruscamente, como si hubiese querido apartar su espíritu de un pensamiento súbito que acababa de cruzar por su mente, cambió de tono, y volviéndose á la tercera persona, muda espectatriz de aquella alegría, dijo:

— Me olvidaba de presentarte á tu prima Elena de Penhoet, de quien tantas veces me has oído hablar. Elena, mi hermano, tu primo Jorge.

— ¡Prima!, dijo el conde inclinándose y estrechando afectuosamente la mano que Elena le tendía.

— Sí, comprendo tu sorpresa, añadió la madre. Ya te lo contaremos todo. ¡Ah, tenemos tanto de que hablar, hijos míos, después de tan larga separación!

— ¡Tu marido!, gritó de pronto Elena á su prima. Todos se precipitaron al encuentro del herido.

La improvisada camilla en que conducían á Saint-Hyrieix llegaba á la puerta del castillo.

Gracias á los asiduos cuidados que le prodigaron, el diplomático no tardó en hallarse completamente fuera de peligro. Y naturalmente, después de haberse enterado de cómo debía la vida á su hermano político, le juró eterna gratitud.

De su milagroso salvamento, Carmen había contado simplemente que las olas empujaron la especie de balsa en que unos pescadores la encontraron sola.

Roberto d'Alboize, en cuanto amaneció, agarróse á un pedazo de madera, resto del naufragio, y á nado ganó la orilla.

Pero digamos de paso quién es esa Elena de Penhoet, cuya presencia en el castillo sorprendió tanto á Jorge.

El padre de Elena, Gerardo de Penhoet, era el hermano menor de la condesa de Kerlor.

Marino, como casi todos los varones de la familia, llegó un día muy preocupado al castillo, después de un largo crucero.

Al cabo de algunos días se decidió á decir lo que parecía pesarle sobre el corazón.

Ello era que se había casado.

Durante los dos años que duró su ausencia, se había enamorado en el Brasil de una mujer hermosísima, con la cual se había unido en matrimonio, en vista de que no podía conquistarla de otra manera.

Calcúlese el efecto que produjo esta noticia en la madre y en la hermana de Gerardo.

— ¡Una aventurera en la familia! ¿Era posible que un Penhoet hubiese olvidado á tal extremo lo que debía á su nombre?

En presencia de la actitud de los suyos, Gerardo no vaciló.

Era rico. Abandonó el castillo en que había nacido y se había criado, y compró, á unas diez leguas de allí, una propiedad en que se instaló con su mujer.

Los acontecimientos parecieron, al principio, condenar el rigorismo de la familia. La aventurera se portaba como la mejor de las esposas, y un año más tarde, después de haber dado á luz á Elena, era, en concepto de todo el mundo, la más tierna y cuidadosa de las madres.

Hacia unos ocho años que así duraban las cosas, cuando una catástrofe imprevista despertó las maleficencias dormidas, y si hay que dar crédito á las

murmuraciones que resultaban de la aventura, vino á justificar los escrúpulos de los padres de Gerardo.

Este mató de un balazo en la cabeza á un compañero de caza en una batida al jabalí. El muerto era un caballero joven, muy conocido en la alta sociedad parisiense, propietario limítrofe de la finca de Gerardo; era, en fin, el duque de Esperac.

Poco tiempo después de aquella desgracia, Gerardo embarcóse de nuevo y murió al cabo de seis meses en Buenos Aires, atacado del cólera.

De esta aventura los enemigos de la joven señora de Penhoet dedujeron que el duque de Esperac era su amante, y que su marido, al matarlo, quiso vengar el ultraje hecho á su honor.

En cuanto á la muerte de Gerardo, decían que no era debida al cólera, como habían afirmado sus compañeros de á bordo, sino al suicidio. El infeliz no había querido sobrevivir á la infamia.

Tal vez á consecuencia de aquellas calumnias y disgustos, la joven condesa de Penhoet murió quince meses después que su marido, dejando sola en el mundo á su hija Elena, que apenas tenía entonces diez años de edad.

Al ocurrir la muerte de su madre, hacía dos años que Elena estaba en el convento de San José, en Rennes, siendo la niña mimada de las maestras, á quienes honraba por la facilidad con que aprendía las cosas y por el notable desarrollo de su inteligencia. Era dulce y tierna de carácter, haciéndose querer de cuantos la trataban.

Los odios, las aversiones, las calumnias acumuladas contra la señora de Penhoet, se estrellaban y se desvanecían ante los ojos azules y francos de su hija.

Una de las colegialas que más la querían, era precisamente Carmen de Kerlor.

Como siempre habían evitado pronunciar delante de ésta ninguna palabra que se refiriese á los Penhoet ó á su historia, la muchacha ignoraba completamente su parentesco con su compañera.

Sólo cuando murió la señora de Penhoet averiguó Carmen, cierto día en que la habían sacado del colegio, parte de la verdad.

Y cuando Elena, que también había pasado algunos días fuera del convento, volvió á él vistiendo luto por su madre, Carmen se echó en brazos de la huérfana diciéndole:

— Eres mi prima, ¿sabes? Nuestros padres estaban reñidos no sé por qué razón. Pero si tú quieres, para recuperar ese afecto perdido, nos amaremos el doble.

— Con todo mi corazón, contestó Elena conmovida hasta el fondo del alma por la espontaneidad de aquella demostración.

Y desde entonces, entre ambas niñas, y más tarde, entre las dos muchachas, existió una profunda amistad que no se desmintió nunca, un verdadero cariño de hermanas, más bien que de primas.

Un día — Carmen tenía quince años y medio y Elena unos diecisiete — llamaron á esta última al tutorio.

Era el tutor que la ley le había asignado, un notario bondadoso, llamado Allard, que preguntaba por ella y que, después de mil circunloquios, acabó por comunicarle una triste noticia.

Un interminable pleito, entablado á raíz de la muerte del Sr. de Penhoet por sus consocios en una explotación industrial en que había arriesgado toda su fortuna, seguido desde luego contra la viuda y después contra la hija del difunto, acababa de fallarse en definitiva de un modo funesto para los intereses de Elena.

A pesar de los esfuerzos intentados por el señor Allard de jurisdicción en jurisdicción, la huérfana quedaba arruinada.

En adelante, iba á serle preciso trabajar para vivir, y á pesar de ser tan joven, era preciso que pensara en crearse una posición casi inmediatamente.

— ¿Y qué vas á hacer?, le preguntó Carmen después que la hubo enterado de su desgracia.

— Tengo mi título de institutriz. El Sr. Allard se ocupa en buscarme una colocación. Ya me ha hablado de una familia rusa, en cuya casa podré entrar para encargarme de la educación de una muchacha.

— ¿Y partirás?.. ¡Tan lejos de nosotros! ¡Tan lejos de mí! ¡Oh, no, Elena!

— ¿Qué quieres, amiga mía? No hay más remedio.

— ¡Pobre Elena!

— No estaba preparada para la lucha que voy á emprender ni para el aislamiento en que voy á encontrarme. Así es que no me resigno sin haber derramado lágrimas. Pero he ido á orar sobre la tumba en que descansan los seres amados que perdí, suplicándoles que bendigan á la pobre huérfana que dejaron sola en el mundo. Segura de su protección, he cobrado ánimo... y ya no lloro... ¿Ves?, ya estoy risueña.

Y ambas jóvenes prorrumpieron en sollozos.

(Continuará)

EL ECLIPSE DEL DÍA 28 DE MAYO DE 1900

Grande ha sido la expectación que el eclipse del día 28 de mayo último ha despertado, no sólo en el mundo de los sabios, sino que también en las gentes más profanas en materias de astronomía. Unos por el afán de realizar estudios y comprobaciones de grandísima importancia para las ciencias astronómica y física, otros por la curiosidad de presenciar un espectáculo que se sale de los límites de lo común, bien puede asegurarse que en la tarde del citado día no quedó en las poblaciones y sitios en donde podía observarse el fenómeno celeste quien no tuviera fijas sus miradas en el firmamento y siguiera las distintas fases del eclipse.

Hubo un tiempo en que los eclipses se consideraron como sucesos inexplicables para la generalidad y que infundían terror en el ánimo del vulgo y aun en el de personas medianamente ilustradas; hoy, en cambio, apenas hay quien ignore en qué consiste un eclipse, quien no sepa que se produce por la interposición de la luna, ese astro opaco y muerto que gira alrededor de nuestro globo, entre el sol y la tierra. Y sabido esto y desde el momento en que el exacto conocimiento de las leyes que presiden en los movimientos del sistema planetario permite anunciar con firmeza absoluta el instante en que el fenómeno ha de realizarse y las condiciones dentro de las cuales se ha de producir, las antiguas supersticiones han cedido el puesto á la curiosidad, y al espanto de otras épocas ha sucedido el deseo de tomar parte, cada cual dentro de su esfera, en tan solemne acontecimiento.

Grande, inmensa es la importancia que para la ciencia tienen los eclipses. Gracias á ellos se han podido confirmar de una manera palmaria las ideas concebidas acerca de la arquitectura del sistema solar y las leyes á que antes nos hemos referido relativas á los movimientos de los astros; gracias á ellos también ha sido posible estudiar la composición química y la constitución física del sol.

Hasta hace poco, cuando la labor de los astrónomos tenía casi por único objeto el estudio de la astronomía de posición, atendíase en los eclipses principalmente á la determinación de los momentos de los contactos, se trataba de fijar con el mayor rigor los límites reales de la sombra y la extensión de ésta y se buscaban con afán los planetas intramercuriales. Pero desde que en 1860 el espectroscopio y la cámara fotográfica empezaron á dar resultado como instrumentos de investigación astronómica, los trabajos de los observadores durante los eclipses se encaminaron preferentemente al estudio de la composición y constitución del sol, analizando con el uno las capas y envolturas exteriores de éste y sorprendiendo por medio de la otra las formas de su corona.

La observación de esta última ha sido el principal objetivo de los astrónomos en el último eclipse, y por lo tanto nos parece conveniente decir algo sobre ella y sobre la distinta manera como ha sido considerada por los astrónomos antiguos y modernos. La corona únicamente puede observarse desde los puntos en que el eclipse es total y consiste en la luminosidad radiada que se esparce sobre la cromoesfera, estrecha cinta rojiza que rodea á la luna cuando ésta oculta el disco brillante del sol. Los antiguos creyeron que era simplemente un resplandor del sol, una difusión de la luz solar; más tarde supúsose que era un efecto de difracción de los rayos solares al rozar el borde de la luna, porque nadie podía admitir que fuera una manifestación directa de la masa solar, que perteneciera realmente al sol. Y tan arraigada estaba esta creencia, que ni siquiera quedó destruída cuando Maraldi hizo notar en 1724 que la corona no caminaba con la luna ni permanecía centrada con ella, como debía suceder en el caso de que fuera simplemente un efecto de difracción.

Hasta el eclipse de 1851, en el que los astrónomos la examinaron con más detenimiento, no quedó demostrado que la corona pertenecía al sol, hecho que fué plenamente evidenciado durante el eclipse de

1869, por la presencia en el espectro de la luz de la misma de líneas brillantes que no pueden proceder sino de gases incandescentes que no existen en nuestra atmósfera ni en la luna.

Sentado esto, compréndese el interés que la observación de la corona despierta; pues formando parte

del sol, hizo en el espectro nuevos descubrimientos que revelaron directamente la composición química de la cromoesfera; en 29 de julio de 1878 se vió que los cambios de forma de la corona son periódicos y que su período coincide con el de las manchas; en 16 de abril de 1893 Deslandres estudió la región ultravioletada del espectro y el movimiento de rotación de la corona, y en 22 de enero de 1898 se fotografió el espectro de nuevas regiones de la cromoesfera y la corona durante la parcialidad.

En el eclipse del día 28 de mayo último la sombra se inició en el Pacífico al Suroeste del Colorado, al amanecer; atravesó en dirección Noroeste los Estados orientales de América, cruzó el Atlántico, penetró en Portugal, siguió por España y desapareció en las orillas del Nilo al ponerse el sol.

Para estudiar tan interesante fenómeno han venido á España los más célebres astrónomos extranjeros, de quienes nos parece oportuno consignar algunos datos biográficos.

Sir Norman Lockyer, presidente de la comisión inglesa que sentó sus reales en Santa Pola, nació en 17 de mayo de 1837 en Rugby, estudió en Inglaterra y Francia, y después de haber sido agregado al departamento de Guerra, fué profesor de Astronomía física en el Colegio Real de Ciencias de Kensington. Actualmente es director del Observatorio físico solar y profesor físico astronómico del Colegio Real; ha hecho grandes descubrimientos astronómicos y ha escrito importantes obras.

M. Hamy pertenece desde 1884 al Observatorio de París, en cuya representación ha estudiado el eclipse en Elche. Nació en Boulogne-sur-mer en 1861 y estudió en la Universidad de París. Es miembro del Instituto y autor de diferentes trabajos sobre mecánica celeste y astronomía física.

M. Meslin, enviado á Elche también por la Universidad de Montpellier, de la que es profesor, nació en Poitiers en 1862, estudió en la Escuela Politécnica y en la Normal

Superior de París; es doctor en Ciencias Físicas desde 1890 y ha publicado notables trabajos é inventado un aparato para la resolución de las ecuaciones.

El conde de la Baume-Pluvinel, que ha observado el eclipse desde Elche comisionado por el ministerio de Instrucción Pública francés, comenzó sus tareas astronómicas en 1882, estudió en Rusia el eclipse total de 1887, en Cayenne el de 1889, en Creta el de 1890 y en el Senegal el de 1893. Se ocupa de trabajos de astronomía en el Observatorio de Meudon dirigido por el célebre astrónomo Janssen.

M. Lagarde, que acompaña á M. Hamy, es autor de una importante memoria sobre determinación de las latitudes en América y de otros notables trabajos científicos.

El Dr. Ralph Copeland, presidente de la comisión escocesa que se instaló en Santa Pola, ha hecho notables trabajos sobre el calor de la luna y el aspecto de Júpiter.

M. Bourget, delegado de la Universidad de Tolosa, nació en Clermont Ferrand en 1864, estudió en París y en Tolosa, y en 1898 fué agregado al observatorio de esta última ciudad y nombrado más tarde profesor de conferencias. Desde 1895 se dedica especialmente á la fotografía de las nebulosas y de las aglomeraciones estelares.

M. Lebeuf, delegado de la Universidad de Montpellier, nació en Blaisy en 1859, es profesor desde 1883, ha sido astrónomo en el observatorio de Besanzón. Actualmente es maestro de conferencias de Astronomía en la citada universidad y profesor de la Escuela Superior de Comercio.

M. Carrere nació en Tolosa en 1865, fué nombrado mecánico de aquel Observatorio en 1894 y desde aquella fecha toma parte en todos los trabajos que se efectúan en aquel establecimiento.

Del popular astrónomo Camilo Flammarion nada hemos de decir, por tratarse de una personalidad científica tan universalmente conocida y por haber publicado su semblanza en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

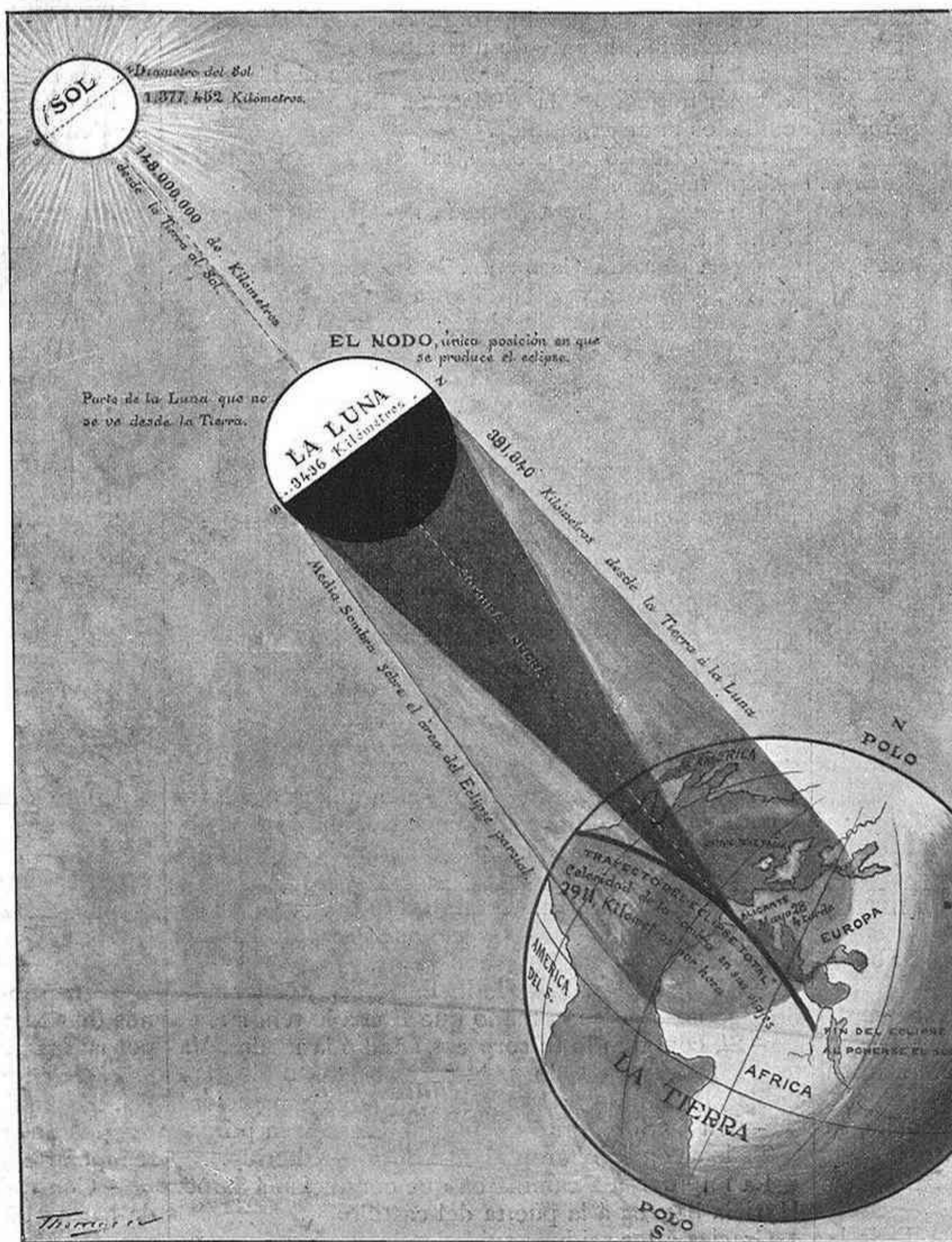
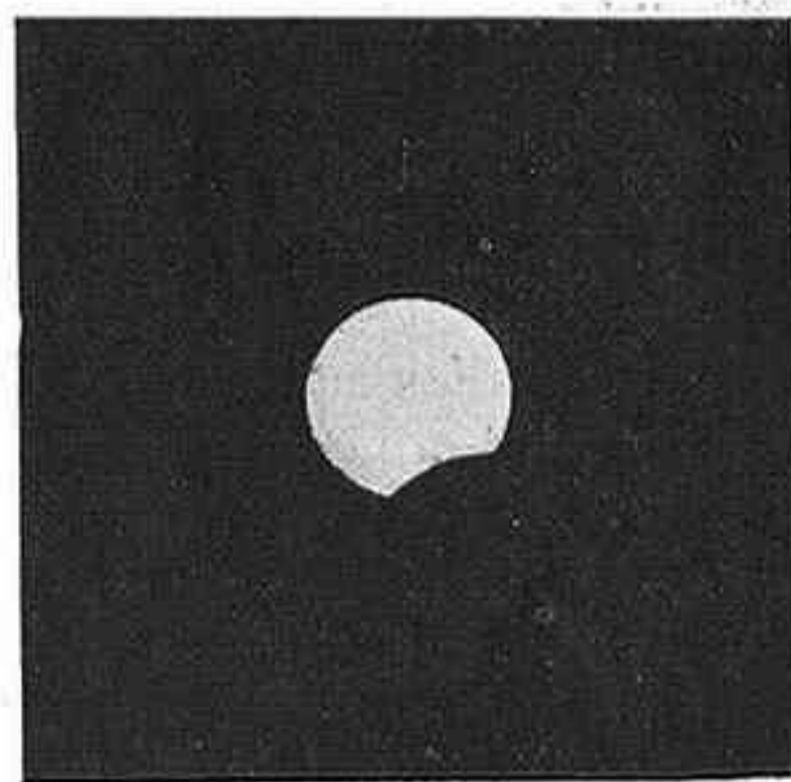


Diagrama del eclipse de sol de 28 de mayo de 1900

del sol, el conocimiento de la constitución de este astro no puede ser completo sin el conocimiento de aquella. Y en esto radica principalmente la importancia de las observaciones de los eclipses totales, ya que hoy por hoy no hay otra ocasión de examinarla y analizarla que cuando durante éstos se hace visible.

Hasta ahora son pocos los datos que se poseen acerca de su estructura, de su constitución física y



Vista del eclipse pocos minutos después del primer contacto (de fotografía de los Sres. Rus y Fernández)

de los elementos que la componen; de aquí el afán de los astrónomos en el último eclipse de fotografiarla, de tratar de obtener detalles minuciosos de todas sus regiones, de estudiar sus movimientos y de fotografiar su espectro.

La corona fué fotografiada por vez primera por el español Montserrat en el Desierto de las Palmas (Castellón) y por el inglés Warren de la Rue en Rivadesella (Burgos) en 16 de julio de 1860; en 18 de agosto de 1868 Janssen y Lockyer estudiaron por vez primera el espectro de las protuberancias; en 7 de agosto de 1869 Young vió en el espectro de la corona una raya brillante verde que supone producida por un elemento desconocido en la tierra, al que denominó coronio; en 22 de diciembre de 1870 el pro-

Los astrónomos españoles han estado también brillantemente representados.

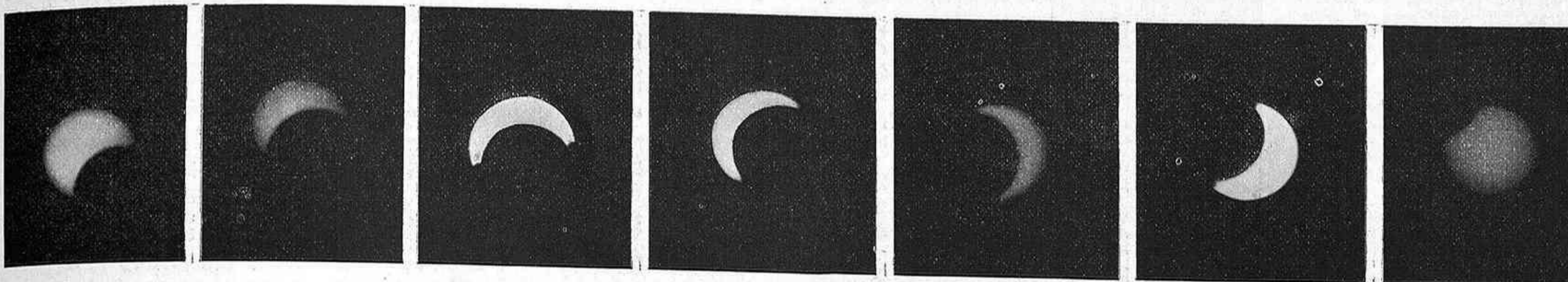
La comisión del Observatorio de Madrid estaba presidida por el director del mismo D. Francisco Iñiguez, doctor en Ciencias y catedrático de la Universidad Central, y por el primer astrónomo D. Vi-

de Hidrografía á varios oficiales de marina que se instalaron en Naval Moral de la Mata (Cáceres), y el Instituto Meteorológico al ilustre director de este centro Sr. Arcimís.

El eclipse se verificó en las condiciones previstas por los astrónomos, quienes esperan obtener grandes

vista; á las 4 y 19 quedaba eclipsada casi toda la superficie del disco solar. La temperatura descendió notablemente, habiendo llegado la diferencia á 13 grados entre el primer contacto y el máximo del eclipse.

Las interesantes fotografías que en esta y en la



EL ECLIPSE DE 28 DE MAYO DE 1900. - DISTINTAS FASES DEL ECLIPSE OBSERVADO EN BARCELONA (de fotografías de los Sres. Rus y Fernández)

cente Ventosa, y se instaló en el cerro del Berrocalillo, á dos kilómetros de Plasencia.

La del Observatorio de San Fernando, que se instaló en Elche, trabajó bajo la dirección del señor don Juan Viniestra, conde de Villamar, sabio astrónomo que se halla al frente de aquel establecimiento.

El Instituto Geográfico y Estadístico comisionó á su ingeniero geógrafo D. Antonio Esteban, que observó el eclipse desde Malagón (Toledo); la dirección

resultados de las observaciones durante el mismo realizadas.

En Barcelona, donde el eclipse fué parcial, comenzó el contacto á las 3 y 10 minutos de la tarde, avanzando lentamente la sombra de abajo arriba y de derecha á izquierda. La luz del sol se fué amortiguando, presentando un tinte especialísimo y proyectando las hojas de los árboles una sombra rara.

A las 4 y 10 pudo verse el planeta Venus á simple

anterior página publicamos, debidas á los Sres. Rus y Fernández, permitirán á nuestros lectores formarse idea exacta de las principales fases del eclipse observadas desde nuestra capital.

El diagrama que reproducimos en la página anterior es, en nuestro concepto, la explicación más clara que del fenómeno puede darse, así por la sencillez con que éste aparece gráficamente expuesto, como por los datos explicativos que contiene. - M.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LAs DE **APIOL** DE LOS **JORET Y HOMOLLE** **REGULARIZAN LOS MENSTRUOS**
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 AÑOS de exito.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
con **PEPTONA**
es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf y EN TODAS FARMACIAS.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS SRES JORET Y HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTIÓN LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor exito
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERTOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de E^{ta} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

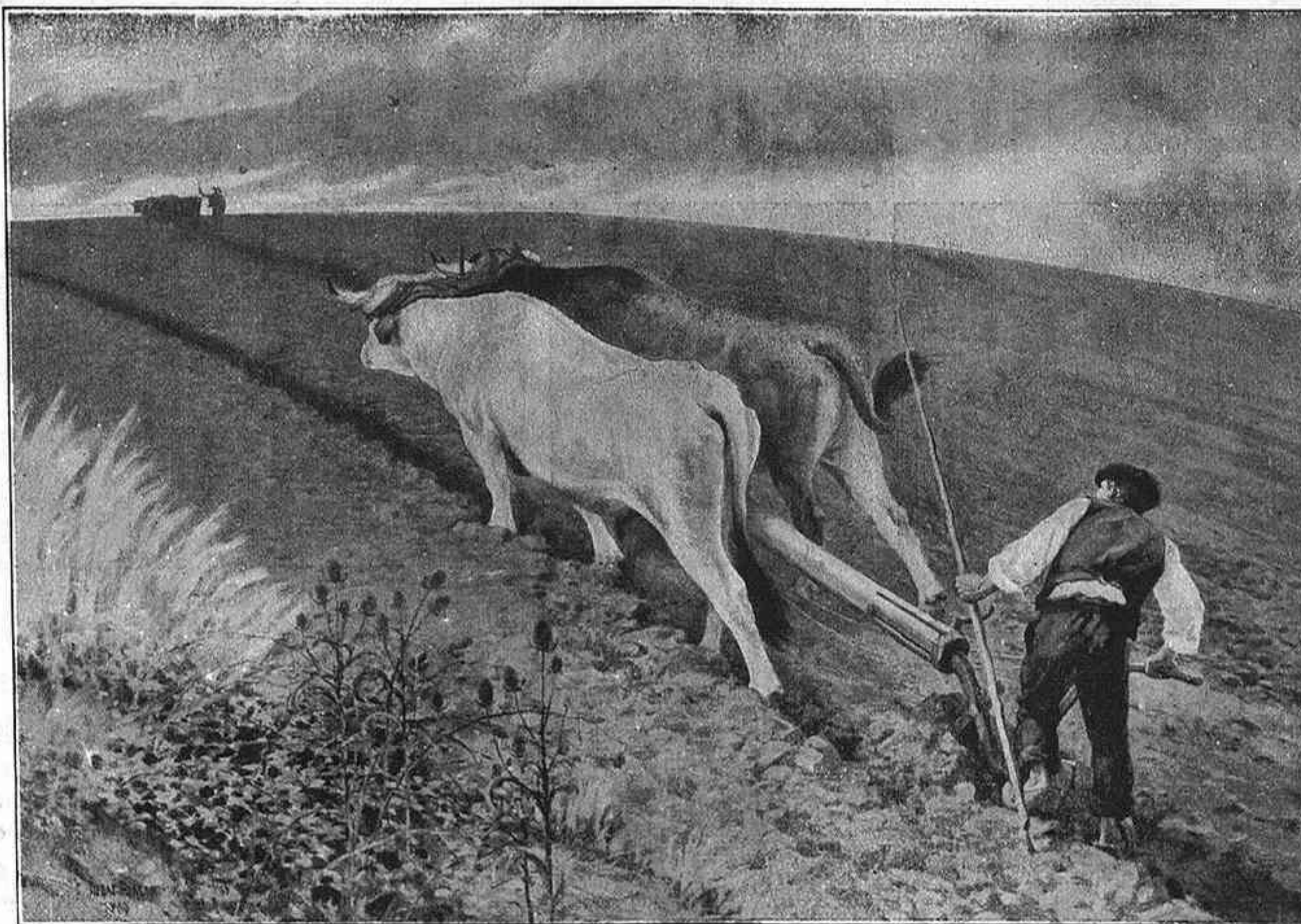
LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

CANTOS NUEVOS, por *Rafael Ruiz López*. — Pertenece el autor de estas poesías á la nueva escuela, pero no á la de los llamados decadentistas, cuya cualidad principal es el afeminamiento; al contrario, sus composiciones son valientes, varoniles. El Sr. Ruiz López expone con frase enérgica sus ideales y fustiga duramente los vicios que corren á la sociedad. *Cantos Nuevos*, que lleva un prólogo de J. F. Luján, ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Giró y se vende á una peseta.

MANUAL HISTÓRICO-TEÓRICO-PRÁCTICO DEL JUBILEO CON OCASIÓN DEL AÑO SANTO DE 1900, por el Rdo. P. *Alejandro de Santa Teresa*, traducido por el P. *Justo de San José*. — No hemos de encarecer la importancia del Jubileo que debe celebrarse con motivo del presente Año Santo, pues todos los católicos conocen la trascendencia de la solemnidad magna con que la Iglesia cerrará el siglo XIX. A esta importancia corresponde la obra que nos ocupa, ya que contiene todas las noticias que puedan intere-



SALÓN DE PARÍS. 1900. — ABRIENDO EL SURCO, cuadro de E. B. Debat Ponsan

sar á los fieles y todas las reglas á que deben ajustarse para la preparación y celebración del Jubileo. El Manual ha sido escrito en italiano por el Rdo. P. *Alejandro de Santa Teresa*, Carmelita descalzo, Lector de Teología y Examinador Apostólico del Clero Romano, traducido al español por el P. *Justo de San José*, religioso de la misma orden, y editada en Barcelona por D. *Juan Gili*.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Medicina Científica en España, revista semanal barcelonesa; *La Paloma Mensajera*, revista semanal ilustrada barcelonesa, órgano oficial de la Federación Colombófila Española; *Teatro Hispano-Americano*, revista semanal ilustrada madrileña; *Album Hispano-Americano*, revista quincenal ilustrada madrileña; *Gente conocida*, revista decenal ilustrada madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *El Museo Taquigráfico*, revista mensual hispano-americana de oratoria y estenografía que se publica en Madrid; *Unión Ibero-Americana*, revista quincenal madrileña; *Avant sempre — Sempre avant*, periódico catalanista de Manila; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes; *El Nuevo Siglo*, publicación mensual de San Salvador.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bⁿ BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

CIGARROS FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES. PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.



EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR**
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababolos, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS**.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN